

REMEDIO TOTAL

CLARK CARRADOS

R. CORTIELLA

Clark Carrados

Remedio total

Ediciones **TORAY**
Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Álvarez, 151
Barcelona Buenos AIRES

PORTADA: R. CORTIELLA

Depósito Legal: B. 24.125-1971

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 – Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

Con paso apacible, henchido el corazón de rosadas esperanzas y lleno de confianza en el porvenir, Perry Lancell se dirigía al encuentro de su novia, cuando, de pronto, vio venir corriendo hacia sí a un ciudadano que parecía muy atribulado.

El individuo era de mediana estatura, más bien enclenque y tenía una cabeza alargada, quizá demasiado para los cánones antropológicos habituales. Visto de perfil, casi habría parecido un martillo de mango un tanto largo.

El hombre sudaba, jadeaba y resoplaba como un caballo después de un Derby. De repente, se detuvo ante Lancell.

—Caballero, ¿tiene usted «shonshlu»? —preguntó.

Lancell se quedó viendo visiones.

— ¿Qué?

El otro movió la cabeza tristemente.

— No, no tiene «shonshlu» —dijo.

Y siguió corriendo.

Lancell tenía los ojos redondos de asombro.

— La verdad, anda cada loco suelto por ahí…

Pero como el supuesto chiflado se había perdido de vista y él no podía hacerle nada, continuó su camino.

— ¿Qué diablos será eso de «shonshlu»? ¿Alguna nueva droga? —se preguntó.

Quizás el tipo había preguntado otra cosa. A Lancell le había dado la sensación de que hablaba un poco atropelladamente y pensó que acaso no le había entendido bien.

De todas formas, no le importó. Su novia le esperaba.

Era muy guapa, joven, por supuesto, y su padre estaba, como vulgarmente se dice, podrido de dinero.

Lancell iba a hacer una boda excelente por todos los conceptos. Claro que él, además de su físico nada desdeñable, aportaba un buen empleo en una sólida empresa y un estupendo porvenir.

Un poco más adelante, vio acercarse hacia él una chica que corría como si le persiguiesen cien legiones de diablos.

Parecía tener unos veintidós o veintitrés años, una figura esbelta y fuerte al mismo tiempo y largos cabellos castaños, que ondeaban libres, agitados por el viento de la carrera.

De súbito, se detuvo ante Lancell y le espetó una pregunta a bocajarro:

— Caballero, ¿tiene usted «shonshlu?»

Lancell parpadeó.

— ¿Ha dicho «shonshlu», señorita?

— Sí, he dicho «shonshlu» — insistió la chica, un poco irritada al parecer por la actitud un tanto torpe de su interlocutor.

— Oh, ya, ahora lo entiendo bien. Y, dígame, señorita, ¿qué es el «shonshlu»?

Ella le dirigió una mirada fulminadora.

— ¡Habráse visto ignorante! Por lo visto, usted no sabe qué es el «shonshlu».

— Tengo el honor de desconocer a esa persona, animal, planta, piedra, líquido o gas — sonrió Lancell.

— ¡Imbécil! —le apostrofó la muchacha.

Y, como el anterior, continuó corriendo.

Lancell estaba desconcertadísimo.

— ¿Han dado suelta hoy a los locos del manicomio?

Algunas gentes tenían ganas de broma, decidió al cabo. Y procuró olvidarse del asunto del «shonshlu».

Lancell tenía aquel día ganas de pasear. Por eso no había usado su automóvil. Su empleo era un tanto sedentario y le convenía hacer ejercicio.

Cinco minutos más tarde, tenía ya a la vista la lujosa residencia de

los señores McClutter-Hayes, donde vivía su novia. Sonriendo, miró hacia la ventana donde debía estar Clarissa.

Inesperadamente, oyó un vivo taconeo detrás de él.

Volvió la cabeza. La chica del «shonshlu» volvía de nuevo.

— ¡Eh! — gritó ella.

Lancell se detuvo. La chica estaba muy agitada y ello se reflejaba en su entrecortada respiración, que hacía subir y bajar su seno con rápidos vaivenes.

— Oiga, por favor, olvide lo que le dije antes del «shonshlu» —pidió —. Yo no sabía que usted no era de…

De repente, ella pegó un atroz chillido:

— ¡Aaaaayyyyyy…!

Dio un salto y se colgó del cuello de Lancell. El joven, de modo instintivo, la sostuvo con sus brazos.

— Pero, ¿qué le pasa, señorita?

— ¡Mire ese bichito! —dijo ella, aterrorizada.

Lancell bajó la vista. Una oruga de brillantes colores atravesaba plácidamente la acera.

— Señorita, esos bichos no son venenosos ni dañinos, salvo para los abetos y otros árboles de la misma familia —dijo él.

— ¿De veras?

Los grandes y rasgados ojos de la chica le miraron desde unos pocos centímetros de distancia. Ella sonrió levemente.

— Me llamo Bibi Darr —se presentó.

— Perry ¡Lancell, señorita Darr.

— Hola, Perry.

Lancell carraspeó de pronto.

— Señorita Darr, el peligro ya ha pasado —anunció.

Bibi se «apeó» sonriente.

— Gracias, Perry. Siento haberle molestado y, por favor, olvídese del «shonshlu».

Lancell frunció el ceño.

— Pero, bueno, ¿qué es eso del «shonshlu»? —preguntó.

Bibi echó a correr.

— ¡Lo lamento, no se lo puedo deciiiirrrrrrr…!

— Su grito se alejó y perdió definitivamente al doblar la próxima esquina.

Lancell acabó por encogerse de hombros.

— Lo dicho: hoy ha habido suelta de chiflados.

Atravesó el jardín y llegó a la amplia marquesina que protegía la entrada de la mansión. Fue a llamar y, en el mismo momento, se abrió la puerta.

Una mano asomó y le golpeó con fuerza en la mejilla.

— ¡Sátiro! ¡«Barba Azul»! ¡Don Juan! ¡Sultán!

Los gritos de su novia poseían un nivel sonoro acusadísimo. Ella tomó impulso de nuevo y le descargó otra bofetada.

Lancell dio una vuelta en redondo sobre sí mismo. La puerta se cerró con un «¡Blam!» impresionante.

El joven no era tonto.

— Esto significa un boleto de despedida —pensó.

La puerta volvió a abrirse. Varias cosas, sus regalos y el retrato que ella tenía de Lancell, volaron a través del hueco.

— ¡Adiós, polígamo! —le despidió Clarissa furiosamente.

* * *

Lancell se sentía muy deprimido. Clarissa había tomado por lo que no era su encuentro con Bibi Darr.

Había intentado telefonearla. Vano empeño.

Su madre o el empingorotado mayordomo de la casa le habían negado en todo momento el acceso telefónico a Clarissa. Lancell empezaba a resignarse con la ruptura.

Pero no podía evitar una lógica depresión. Estaba de pie, en el extremo de un mostrador, con la cabeza apoyada en una mano, el codo en el borde de un mostrador y la otra mano ocupada con un vaso que hacía frecuentes viajes a la botella y a su boca.

De repente, un individuo, alto y fuerte, se acercó a él y le preguntó:

— ¿Es usted Perry Lancell?

— Sí —admitió el joven—. ¿Qué quiere de mí?

— Sólo una cosa —dijo el desconocido—. Olvídese del «shonshlu».

Lancell parpadeó.

— De modo que tengo que olvidarme de ese maldito «shonshlu» —murmuró.

— Sí. —El índice del desconocido golpeó repetidamente su pecho—. Y esto que le digo es un consejo que le doy por su bien. Olvídese del «shonshlu» o…

— Arriba, en el techo, hay colgado un hermoso ramo de «shonshlu» — dijo Lancell.

El desconocido, incautamente, cayó en la trampa,

Lancell disparó su puño derecho. Se oyó un fuerte «crack» y el desconocido puso los ojos en blanco antes de desplomarse al suelo sin sentido.

— ¡Eh —dijo el dueño del bar—, que esto no es un «ring»!

— ¡Váyase al diablo! —contestó Lancell, malhumorado.

Arrojó sobre el mostrador una moneda y salió a la calle.

Había tomado un par de copas de más. No sabía qué hacer, si volverse a su casa a dormir o pegar fuego a la mansión de los McClutter-Hayes.

— Pues no sería mala idea —se dijo.

Pero acabó por desecharla. No tenía alma de pirómano.

Regresó a su casa. Cuando abrió la puerta, vio que tenía una visita.

Era el hombre del «shonshlu».

— Aquí no tengo de esa maldita hierba —dijo Lancell, exasperado.

— Ya lo sé —murmuró el hombre, contrito—. Sólo he venido a pedirle perdón. Debo excusarme por mi incalificable acción de esta tarde…

— Bah, no tiene importancia —sonrió Lancell—. ¿Una copita, señor…? Todavía no he oído su nombre.

— Sollus, solamente Sollus. Y, muchas gracias, no bebo.

— A su gusto —respondió el joven—. Pero, díganme, por favor, ¿qué es el «shonshlu»?

— Temo que no lo comprendería aunque se lo explicase —dijo Sollus sonriendo.

— Hombre, tanto como eso… Aunque, a decir verdad, jamás había oído hablar de esa planta o lo que sea en toda la redondez de la Tierra.

Sollus se puso pálido de repente.

— ¿Cómo? ¿Ha dicho la Tierra, señor Lancell?

— Sí, en efecto… No sé cómo se me ha ocurrido. Es una frase hecha, desde luego… Pero ¿por qué está tan pálido, señor Sollus?

El extraño individuo se pegó una palmada en la frente y exclamó:

— ¡Atiza! ¡Nos hemos equivocado de planeta!

CAPÍTULO II

— Créame que lo siento, señor Lancell, pero trate de comprenderme. No es cosa mía; yo le tengo a usted en muy alta estima y conozco su reputación de sobra, pero, las circunstancias…

— Las circunstancias tienen el poderoso nombre de McClutter-Hayes, ¿ no es cierto? — dijo el joven sarcásticamente.

— Bueno, usted debe hacerse cargo… Yo no soy el dueño de esto… y… En fin, para mí es muy desagradable… ¡En caja encontrará usted su sueldo y las compensaciones legales…

— Señor Fowler — dijo Lancell en tono cortante—, hasta ahora, por lo que sé y lo que he visto, ha gozado usted siempre de una amplia autonomía sobre el personal de la empresa. En ocasiones ha resistido presiones muy fuertes sobre tal o cual empleado, porque así convenía a la empresa y no a los intereses particulares de tal o cual jefazo. Pero ahora no ha sido así. ¿Quiere que le diga por qué?

— Hombre, Lancell…

El joven hizo unos gestos con el índice.

— Venga, señor Fowler, quiero decírselo en voz muy baja. Quizás haya micrófonos instalados, ¿comprende?

— ¿Usted cree? —se asombró el otro.

— No me extrañaría en absoluto. Venga, por favor.

Terriblemente intrigado, Fowler se levantó y se acercó al joven. Ricardo lo llevó hasta situarlo frente a una de las paredes del despacho.

— Aquí no nos oirán — cuchicheó.

— ¿De veras?

— Se lo aseguro.

Súbitamente, Lancell agarró a Fowler por la nuca y lo empujó hacia adelante con indescriptible violencia, Se oyó un rugido.

Fowler se retiró tambaleándose, arrojando sangre por su aplastada nariz. Lancell le dirigió una dura mirada.

— Ahora puede ir con un ramo de flores a visitar a Clarissa —dijo —. ¡Competidor desleal!

Y bastante aliviado, abandonó el despacho, despidiéndose con un

portazo que hizo saltar en mil pedazos el vidrio de la puerta.

* * *

No sabía qué hacer. Se sentía deprimido otra vez.

Era un poco sedentario y había querido progresar en la empresa donde había trabajado desde que concluyó su carrera. La ruptura con Clarissa le había costado el cargo.

Lo malo era que el señor McClutter-Hayes tenía el brazo muy largo. Las empresas de importancia se lo mirarían mucho antes de darle un empleo… y en cuanto a las pequeñas, ni siquiera valía la pena considerarlo.

Así, sin saber cómo, se encontró en el parque.

Era grande, frondoso. Las autoridades habían conseguido reservar un trozo de la antigua montaña donde ahora estaba enclavada la urbe y el resultado había sido magnífico. Había incluso hasta sequoias.

Era un poco temprano y había poca gente.

Lancell paseó distraídamente por los senderos enarenados, sombreados por las copas de los árboles. De repente, vio a una chica saltando a la comba.

Era una muchacha encantadora. Vestía blusa blanca, pantaloncitos negros, muy cortos, y sandalias de medio tacón. Su pelo castaño, que a veces parecía dorado, estaba atado en la nuca con una cinta de color rojo.

De súbito, Lancell la reconoció.

— ¡Bibi!

Ella volvió la cabeza y le sonrió hechiceramente, sin dejar de saltar.

— ¡Hola, Perry! ¡Estoy… haciendo… ejercicio!

Lancell corrió hacia ella.

— Tengo que hablar con usted, Bibi… ¿Es que no se puede estar quieta?

— No… todavía… me faltan… cincuenta… saltos… — respondió Bibi sin dejar de mover la cuerda.

— Esto… yo… me voy a volver loco… ¡Bibi!

— Salte conmigo, hombre, haga ejercicio. Tome, agarre la otra punta de la cuerda, hay de sobra para los dos… Así, muy bien… Uno… dos… tres… Perfecto, Perry…

Lancell creyó que iba a volverse loco. Se había quedado sin novia,

le habían despedido del trabajo ¡y estaba saltando a la comba con la autora de sus problemas!

Ella parecía ágil y fuerte, perfectamente musculada, aunque sin perder un ápice de su grácil femineidad. Lancell empezó a hacer comparaciones mentales.

— Bibi — dijo entre salto y salto.

— Dígame, Perry.

— Ese nombre…

—Es el diminutivo de Vivianne. Pero no lo voy a usar con dos uves. Sonaría «Vfivfi» y quedaría pedante. Así, con dos bes, resulta mucho mejor.

— Ah, entiendo. Pero, dígame… ¿qué hay del… «shonshlu»?

— ¿De veras no tiene usted?

— Ni un gramo, Bibi.

— Se está cansando demasiado, Perry — dijo ella de pronto —. Sálgase de la cuerda; terminaré sola mis ejercicios.

Lancell agradeció la sugerencia de la chica. Se apartó a un lado y contempló cómo Bibi reanudaba sus saltos.

De repente. Bibi saltó hacia arriba con todas sus fuerzas, a la vez que estiraba los brazos, justamente cuando tenía la cuerda en la posición más elevada.

Luego, apretando bien las manos, tiró hacia abajo con todas sus fuerzas.

Alguien cayó de la rama de un árbol, situada justamente sobre Bibi. La cuerda le había enganchado por la nuca.

El hombre se estrelló de bruces contra el suelo.

— ¡Plaf! —se oyó un ruido peculiar.

* * *

La sorpresa de Lancell era enorme.

Por un momento, creyó que el sujeto se había matado. Pero debía de ser un tipo resistente, porque se levantó al acto.

— ¡Largo, miserable espía! — le increpó Bibi —. ¡A ver si dejas de seguirme de una vez por todas, rufián!

El hombre, aunque cojeando ligeramente, escapó de prisa. Bibi se atusó un mechón de cabellos y luego se volvió hacia Lancell.

— Dispénseme, Perry —rogó—. Pero este tipo nos estaba espiando

desde la rama del árbol y no tenía ganas de que oyera lo que teníamos que hablar usted y yo.

— Estoy pasmado —confesó él—. ¿Cómo lo vio, Bibi?

— Por casualidad —sonrió la chica—. Debió de verme venir a hacer mis ejercicios y se subió a la copa del árbol. Quizá no pensaba que yo me pondría directamente debajo; más bien quería que yo no le viese… pero una vez levanté un poco los ojos y le vi.

— Entiendo. O no lo entiendo, mejor dicho…

Bibi se echó a reír.

— Venga, nos sentaremos en ese banco.

Lancell accedió. Ella cruzó las piernas enseñándolas despreocupadamente.

— Bueno, ¿cómo se encuentra, Perry?

— Mal. He roto con mi novia y me han despedido del trabajo.

— ¡Caramba, cuántas desgracias! Lo siento, Perry. Pero ¿por qué?

— Mi novia nos vio anteayer, cuando yo la tenía a usted en brazos. Su padre es un hombre muy poderoso, así que imagínese el resto.

— Sí, claro. — Bibi se mordió los labios —. Y todo por mi culpa, Perry.

— Bah, no se preocupe. Trabajo no falta, cuando uno tiene ganas de empleo.

—¿Cuál es su profesión, Perry?

— Ingeniero proyectista, Bibi.

— Ah, una notable profesión.

— Sí, pero no confiere tanta cultura como para saber qué es el «shonshlu» — dijo él con toda intención.

— Es curioso —murmuró Bibi—. Por más que he buscado, no he conseguido encontrar nada.

— Pero, bueno, ¿qué es esa cosa? Sollus tampoco quiso explicármelo…

Bibi se sorprendió enormemente.

— ¿Cómo? ¿Ha visto usted a Sollus?

— Sí, claro; es el primero que me habló del «shonshlu». Corría como un loco, lo mismo que usted. Fue pocos minutos antes de que nos encontráramos.

— ¡Vaya, vaya, quién lo dijera! El bueno y querido papá, merodeando por estos andurriales.

— ¿Papá… significa padre?

— Sí, es el mío — sonrió Bibi —. Pero no sabía que estuviese por aquí.

— Y él ¿lo sabe respecto de usted?

— No, hace algún tiempo que no nos vemos. Me pregunto qué andará haciendo por aquí.

— Buscar «shonshlu», no hay duda. Como el tipo que me amenazó para que olvidase ese nombre.

Bibi le miró con sorpresa.

— ¿Qué dice, Perry?

Lancell le relató su encuentro en la taberna con el desconocido, al que, furioso, había golpeado.

Bibi pareció preocuparse.

— Eso es grave — dijo. — ¿Sí?

— Y añadiendo lo del espía… La cosa se pone fea, Perry.

— Si usted lo dice…

— Perry, ¿dónde está mi padre? —exclamó ella repentinamente.

— No lo sé, Bibi.

— Pero no dice que le vio…

— Por dos veces, la segunda en mi propia casa. Fue a verme para disculparse… Yo le pregunté qué era el « shonshlu » y me dijo que no podría comprenderlo, aunque me lo explicase.

— Tenía razón —convino Bibi—. Bien, ¿qué hizo después?

Lancell sonrió.

— Lo más inexplicable —contestó—. Se marchó corriendo.

— Hombre, eso no es tan inexplicable. Después de una visita, resulta correcto marcharse y no quedarse a vivir en el piso del visitado.

— Ya, ya —dijo Lancell con sorna—. Pero es que había que ver la forma en que se marchó su padre. ¡Pues no dijo que se había equivocado de planeta!

Bibi le miró sorprendida.

— ¿Qué? —exclamó.

— Ya lo ha oído, Bibi. Cuando yo mencione que estamos en la Tierra, no sé por qué, pero me salió así, él se mostró consternado, dijo que se había equivocado de planeta y salió huyendo a todo correr.

Bibi estaba a punto de desmayarse.

— ¡Nos hemos equivocado de planeta! —dijo.

De pronto, se puso en pie de un salto y echó a correr.

Lancell la siguió, llamándola a gritos.

— ¡Bibi! ¡Eh, Bibi, aguárdeme!

Pero ella no le hizo el menor caso. Lancell no pudo alcanzarla. Furioso, tuvo que renunciar a la persecución.

CAPÍTULO III

Jim Breene hizo un gesto de duda.

— ¿Crees que aguantará, Perry? — consultó.

— Seguro, Jim. Me juego mi reputación a que aguanta —contestó Lancell.

Breene suspiró para que los pronósticos de su amigo se cumplieran.

A la indecisa luz del alba, antes de que los capataces y operarios iniciasen su jornada, los dos amigos contemplaban la obra de que Lancell era autor.

Se trataba de un atrevido viaducto, de casi quinientos metros de luz por ciento veinte en su cota de máxima altura sobre el barranco que atravesaba. Breene era el contratista de la obra y Lancell el ingeniero que la había proyectado a su requerimiento.

Habían transcurrido ya dos años desde su ruptura con Clarissa McClutter-Hayes. Un inesperado encuentro con Jim Breene, actualmente próspero contratista y antiguo compañero de Universidad del joven, había dado lugar a la obra a la que faltaban ya pocos días para su inauguración oficial.

El puente tenía un trazado bellísimo. Un solo arco, apoyado sobre dos sólidos estribos, situados en las orillas del barranco, sin torres sustentadoras de entramados de cables ni viguetas metálicas. Parecía una cinta de cincuenta metros de anchura, ligeramente abombada hacia su centro, tendida a través de la profunda cortadura.

Las pruebas habían sido concluyentes. Decenas de enormes camiones, cargados al máximo, habían cruzado el puente en una y otra dirección. Las pruebas estáticas, con cincuenta camiones durante

veinticuatro horas, parados en distintos puntos del viaducto, pero más concentrados en su tramo central, abonaban las presunciones de su proyectista.

— Ojalá resulte, Perry —suspiró Breene—. Tú te juegas tu reputación, pero yo quedaría arruinado si se hundiese.

— Bien, me diste plena libertad para construirlo y, en la maqueta de prueba, realizada a escala, incluyendo el terreno, los resultados fueron más que satisfactorios. No veo por qué en la realidad habría de ser diferente, sobre todo, después de las pruebas reales que hemos hecho.

— Empiezo a sentirme optimista — declaró Breene —. Dentro de tres días, vendrán las autoridades, mucho público, Prensa, Cine, Televisión y demás. Y cuando haya hecho la entrega oficial, dormiré de un tirón cuarenta y ocho horas seguidas, créeme.

Lancell sonrió.

La tensión de nervios de su amigo era comprensible. También él deseaba terminar cuanto antes.

El puente había sido visitado por infinidad de personas interesadas en el asunto. Lancell tenía ahora media docena de propuestas para otras construcciones similares, a cual más valiosa.

Sin embargo, tardaría algún tiempo en decidirse. Antes se tomaría unas buenas vacaciones. El viaducto le había dado fama y podía permitirse el lujo de elegir su próximo contrato.

— Desde luego, el aglutinante de tu amigo el doctor Hannamor es estupendo —manifestó Breene—. Yo nunca hubiera creído que se pudiesen hacer tales maravillas con esa sustancia y el cemento.

— Sí, la «hannamorina» confiere al cemento unas propiedades singulares —confirmó el joven—. Ya ves, casi quinientos metros de puente sin viguetas, pilastras centrales ni sustentación por cables ni viguetas. La «hannamorina» aumenta la tensión del cemento y lo convierte en una sustancia prácticamente irrompible, y con una capacidad de resistencia a los pesos inigualable. Yo sabía que Hannamor investigaba algo al respecto y cuando tú me llamaste para dirigir la obra, fui a visitarle.

— Y ahí está el resultado —exclamó Breene, no menos orgulloso que su amigo del resultado de sus esfuerzos.

La luz del día aumentaba rápidamente. Pronto sonaría la sirena, despertando a los habitantes del campamento vecino, para dar los últimos toques — cuestiones de mera estética — al viaducto.

— Oye, Perry —dijo Breene—, he recibido proposiciones para construir una presa…

— Aguarda un poco — rió Lancell —. Primero quiero tomarme unas vacaciones. Y no serán cortas, te lo aseguro.

— ¿Solo o acompañado?

— ¡Qué cosas tienes, Jim!

— Hombre, no te será difícil encontrar una chica guapa que…

Sin saber por qué, Lancell pensó en Bibi.

Ya no había vuelto a ver a la extraña muchacha, ¿Era verdad que procedía de otro planeta?

Pero ¡qué cosas estaba pensando! Bibi era una chica muy guapa, aunque algo chiflada.

Lo mismo que su padre, por supuesto.

A Breene no le había hablado del extraño incidente. ¿Para qué?

De repente, oyeron ruido de frenos.

Un automóvil se detuvo en las inmediaciones y uno de sus ocupantes saltó a tierra, dirigiéndose sin vacilar hacia la pareja.

Lancell creyó reconocer al individuo, un hombre relativamente joven, alto y de porte atlético. El recién llegado se detuvo ante ellos y preguntó:

— ¿Cuál de ustedes dos es el señor Lancell?

— Yo mismo —respondió el aludido.

— Me llamo Smragh y… Oiga, señor Lancell, me parece que usted y yo nos hemos visto antes de ahora.

Un chispazo iluminó de repente la mente del joven.

— Efectivamente — sonrió —, y en la única vez que nos encontramos tuve el inmenso placer de atizarle un buen puñetazo en la mandíbula, señor Smragh.

* * *

Breene parpadeó.

— ¿Cómo? Perry, ¿tú y este individuo os habéis…?

Lancell extendió una mano.

— Calma, Jim —dijo—. El señor Smragh, sin duda, tiene que decirme algo. ¿Me equivoco?

— Acierta —respondió el aludido—. Se refiere al puente que veo ahí construido. Dadas sus características, no tengo inconveniente en

asegurar que en la mezcla del cemento, y para darle la consistencia que ahora tiene, se ha empleado una proporción adecuada de «xarffil», ¿no es así?

Lancell se quedó viendo visiones.

— ¿Cómo dice? ¿Está soñando, loco o borracho, señor Smragh?

— Cuidado con los insultos…

— El que insulta es usted al suponer que en este puente hemos empelado esa sustancia que usted llama «xarffil» y que nosotros desconocemos en absoluto. Lo que sí hemos empleado es la «hannomorina», descubrimiento de mi amigo el doctor Hannamor, y con todas las autorizaciones legales para ello, ¿me comprende usted, señor Smragh?

— Ha dicho Hannamor —repitió Smragh.

— En efecto, y si quiere su dirección…

— Es suficiente, ya sabré encontrarlo: ¡Habráse visto desvergüenza, llamar «hannamorina» a lo que no es sino «xarffil»!

—Pero, oiga, ¿qué diablos es eso del «xarffil»? — exclamó Breene, que ya se iba impacientando—. Y, en todo caso, ¿por qué rayos tiene usted que reclamarnos sobre algo en lo que carece completamente de razón?

—Conque no tengo razón, ¿eh? —dijo Smragh sarcásticamente—. Está bien, ya verán la que se les cae encima cuando intervengan mis abogados. El doctor Hannamor es un impostor, que ha dado indebidamente su nombre a lo que no es sino «xarffil», sustancia aglutinante descubierta por el profesor Xarffius. ¿Saben lo que significa plagio de patentes?

Breene se aterró.

— Mi ruina —dijo.

— Justamente —confirmó Smragh, henchido de satisfacción.

— ¡Un momento! — terció Lancell —. Si hay pleito, se lo pondrá usted al doctor Hannamor, de quien poseemos todas las autorizaciones legales para usar su fórmula aglutinante. Nosotros somos completamente inocentes del uso indebido de esa fórmula, así que ya sabe adónde ha de ir a reclamar, ¿estamos?

Smragh pareció quedarse parado unos instantes,

— Es lo mismo —dijo—. Reclamaré a Hannamor y lo pagará caro, ya lo creo que lo pagará caro.

— De paso —indicó Lancell con sorna—, pregúntele si tiene

también «shonshlu». ¿Quién sabe si le cede a usted un par de botellas para que se le pasé el mal humor?

Los ojos de Smragh centellearon.

— Esa es una broma estúpida que no estoy dispuesto a…

Lancell se hartó.

— Smragh —dijo con voz aparentemente tranquila —. ¡Lárguese de aquí, lárguese pronto o no respondo de mí!

El otro cobró miedo y emprendió una prudente retirada.

— ¡A pesar de todo, no desisto de mis reclamaciones! —gritó—. ¡Tendrán noticias mías, se lo aseguro!

— Ese loco es capaz de meternos en un buen lío — se lamentó Breene, cuando Smragh se hubo marchado.

— ¿Por qué? ¿Quién nos dio la fórmula? Hannamor, ¿no? ¡Pues entonces, que reclame a Hannamor, demonios!

— Todo lo que tú quieras, pero yo, por si acaso, voy a ponerme en contacto con mi abogado —dijo Breene, mientras echaba a andar hacia el barracón donde tenía sus oficinas.

Lancell se quedó solo, muy preocupado.

¿Por qué Smragh llamaba «xarffil» a lo que había recibido el nombre de «hannamorina», nombre y sustancia aceptados y registrados legalmente?

De nuevo volvió a recordar a Bibi. ¿Había alguna relación entre la chica y aquel colérico sujeto?

Otro automóvil se detuvo de pronto en las cercanías del puente. Un orondo sujeto se apeó y caminó con paso pomposo hacia el joven.

Lancell se quedó atónito al reconocerlo.

— ¡Señor McClutter!

Irving McClutter-Hayes alargó su mano hacia la de Lancell.

— ¿Cómo estás, muchacho? —saludó afectuosamente—. He oído hablar mucho de tu obra y se me ocurrió que resultaría conveniente venir a verla. Es algo maravilloso —elogió—; jamás había visto nada semejante.

— Gracias, señor McClutter —contestó Lancell—. Realmente, me siento orgulloso de ese puente.

— Es lo mejor que se ha construido en ese género hasta la fecha. Belleza, audacia de líneas, practicidad, solidez, elegancia… lo tiene todo, muchacho. Envidio al contratista de la obra, créeme.

— Es un buen amigo mío y confió en mí, señor.

—Lo creo. Yo siempre dije que… Perry, muchacho, observo que no me has preguntado por Clarissa.

—Leí en los periódicos que se había casado con un tal Fowler.

—El matrimonio fracasó miserablemente.

—Se casó con él por orgullo y por despecho.

—Bueno, a las mujeres hay que comprenderlas…

—Señor McClutter, usted ha venido aquí provisto de una caña de pescar, con todos los adminículos correspondientes. No cuente con que yo muerda el anzuelo, ni aunque me ponga a Clarissa como cebo.

McClutter-Hayes enrojeció.

—Bueno, ella te recuerda todavía…

—Y yo he conseguido algo de fama con este puente y usted quiere aprovecharse de las circunstancias. Mi respuesta, antes de que usted me proponga algo, es un «no» como una casa. ¿Entendido?

El magnate puso cara de lástima.

—Yo lo hacía con la mejor buena fe…

—Empleó toda la mala fe posible para despedirme. Lo que había pasado entre Clarissa y yo era algo que no tenía que ver con sus negocios. Pero tenga en cuenta una cosa: si me niego a trabajar para usted no es sólo por orgullo, sino porque me voy de viaje.

—¿Adónde? —preguntó el otro ansiosamente.

—No lo sé todavía, pero, repito, no cuente conmigo para nada.

McClutter-Hayes se dio cuenta de que la negativa del joven no admitía réplica. Con aspecto triste, regresó a su coche y desapareció de aquel lugar.

Lancell permaneció inmóvil unos momentos. Luego, de repente, se dirigió a paso ligero al barracón de oficinas.

—He hablado con mi abogado… —empezó a decir Breene.

—Yo voy a hacer algo mejor —dijo Lancell—. Voy a visitar al doctor Hannamor.

—¡Buena idea, Perry!

—Y así sabré si la «hannamorina» es «xarffil» o… Bueno, trataré de esclarecer el asunto por mi cuenta. ¿Entendido?

—Avísame en cuanto sepas algo —pidió Breene.

—Descuida, Jim —contestó Lancell.

Un minuto después, partía a toda velocidad en dirección a la urbe, ansioso de conversar con el doctor Hannamor.

CAPÍTULO IV

Saltó del coche antes de que se detuviese y, a la carrera, cruzó el jardín que rodeaba la casa donde residía su amigo. Vio un par de macizos de flores medio tronchados y pisoteados, pero, preocupado con su problema, no concedió importancia al detalle.

Nervioso e impaciente, llamó a la puerta. Nadie le contestó.

Lancell frunció el ceño, mientras repetía las llamadas. Al cabo de unos momentos, en vista de que nadie le contestaba, decidió probar con la parte trasera de la casa.

Toda el ala izquierda del edificio, que era de una sola planta, estaba ocupada por el laboratorio. Los antepechos de las ventanas quedaban a la altura de su garganta.

De pronto, al pasar junto a una de las ventanas, Lancell vio algo que le dejó estupefacto.

El laboratorio aparecía completamente destrozado, arrasado como si por él hubiera pasado un huracán. No había un solo mueble o instrumento que estuviese sano.

Lancell corrió hacia la puerta de la cocina. Estaba cerrada, pero la abrió de un violento puntapié y atravesó la casa hasta llegar al laboratorio.

Se detuvo en el umbral, contemplando con ojos de pasmo el insólito panorama que ofrecía el devastado laboratorio. Por un momento, llegó a temer por la suerte de su amigo, pero no se veía rastro del doctor Hannamor.

¡El hecho le resultaba absolutamente incomprensible. Be pronto, sin

saber por qué, pensó en Smragh.

¿Tenía Smragh algo que ver con la destrucción del laboratorio?, se preguntó.

De súbito, se puso tenso.

La puerta estaba abierta. Alguien había al otro lado. Podía percibir, a veces, su mal contenida respiración. Se le erizó el vello de la nuca.

— Aquí no hay nada que hacer —dijo, como si hablase consigo mismo. Giró sobre sus talones y simuló que se marchaba, pero, en realidad, se quedó a un lado de la puerta, aguardando al desconocido.

Pasaron algunos minutos. De pronto, oyó pasos cautelosos.

Lancell tensó sus músculos. Una figura humana apareció ante su vista y se arrojó sobre ella, sujetándola con ambas manos, antes de que el otro pudiera darse cuenta de su presencia.

El desconocido chilló. Era un chillido netamente femenino.

— ¡Suélteme, suélteme!

Lancell se quedó parado. Aquella voz…

Aflojó las manos un poco. Ella se volvió.

Sonaron dos gritos simultáneos:

— ¡Bibi!

— ¡Perry!

La chica, más rápida, reaccionó antes y trató de escapar, pero antes de que hubiera dado cuatro pasos, Lancell cayó de nuevo sobre ella y volvió a sujetarla.

— ¡Espere, diablos! —bramó.

— Por favor, déjeme en paz —pidió Bibi, cuando se convenció de que ya no podía escapar.

— Antes tiene que explicarme muchas cosas —dijo él, sin soltar su brazo—. Tiene que explicarme su ausencia, qué es el maldito «shonshlu», lo que ha pasado en este laboratorio, los motivos de su presencia aquí… Sí, Bibi, le guste o no, tiene que darme muchas explicaciones.

La chica pareció amansarse un poco.

— Me volvió a Dahlan —dijo.

— ¿Dahlan? ¿Dónde está esa ciudad?

— No es una ciudad, es un planeta.

— Vamos, Bibi, ¿espera que me crea ese cuento?

Ella pateó en el suelo.

— Le digo que es verdad —insistió—. Cuando mi padre y yo

aterrizamos aquí, por separado, claro está, creímos estar en Stahlan, pero nos equivocamos y…

— ¿Usted no es terrestre?

— No, pero ¿quién podría decir lo contrario?

Lancell sonrió.

— Nadie lo diría, en efecto, porque nadie se creería esa fábula — contestó.

Bibi se encogió de hombros.

— Como quiera —respondió—. Pero en cuanto pueda, le llevaré a Dahlan y se convencerá de que lo que digo es cierto.

— Mire, si le parece, ahora iremos a una agencia de viajes, cuyo jefe es muy amigo mío. Allí dan billetes para todas las partes del Universo — dijo él con sorna—. Puede que también nos faciliten dos para Dahlan. Pero antes hablemos de otra cosa. Del señor Smargh, por ejemplo.

— ¡Smargh! —repitió ella, atónita—. ¿Lo conoce usted?

— He tenido el gusto de verle dos veces y ninguna de ambas entrevistas ha sido lo que se dice un dechado de cortesía. ¿Qué es y qué hace el ilustre señor Smargh, Bibi?

— El muy traidor —dijo la chica, furiosa—. Es él quien tiene la culpa de…

Lancell dejó de oír repentinamente a Bibi. Algo estalló con fuerza en el interior de su cráneo y perdió el sentido de manera instantánea.

* * *

Había un par de bandas de música que atronaban el espacio, alternándose en sus charangas. Las flámulas y colgaduras ondeaban por todas partes y los técnicos y operarios de televisión se afanaban en colocar sus cámaras y hacer las conexiones oportunas.

Todo estaba ya dispuesto para la inauguración. Dentro de pocos minutos, llegarían las autoridades y se cortaría la cinta que significaba la apertura oficial del puente. Habría discursos, banquetes y demás… pero era inevitable soportarlo, pensaba Lancell mientras aguardaba en su puesto, junto a su amigo Breene.

Aún le dolía la nuca, pero más le dolía el alma. Era evidente que Bibi no estaba sola en casa de su amigo Hannamor.

¿Era el padre de la muchacha el que le había atacado por detrás?

A su lado, Breene dijo:
— ¿No hay noticias de Hannamor, Perry?
— Nada, Jim.
— Bueno, mi abogado me ha dicho que nosotros no tenemos nada que temer, así que tranquilos por ese lado. Una vez que hayamos entregado el puente, habremos terminado y…
Breene se interrumpió.
La gente gritaba. Muchos levantaban los brazos al cielo, señalando algo.
Lancell levantó también los ojos. Un fuerte estremecimiento sacudió su cuerpo.
—Estoy soñando —dijo Breene a su lado.
— ¡Los marcianos! — gritaron algunos.
Lancell creía soñar. ¿Quién había hablado de que los platillos volantes eran una fantasía?
Al menos, aquel que veía a menos de mil metros del suelo, no lo parecía.
Se trataba de un aparato de forma lenticular, de grandes dimensiones y metal muy brillante, que descendía hacia la tierra con gran lentitud.
La muchedumbre se dispersó, espantada. Se produjeron carreras y gritos por todas partes.
El platillo volante perdió altura hasta situarse a unos cien metros del puente. Lancell presintió lo que iba a pasar y echó a correr.
— ¡No, malditos, no! ¡Es mi obra, no la destruyáis!
Estruendosos chorros de llamas brotaron del vientre de la astronave, en rapidísima sucesión. Al mismo tiempo, empezaron a verse en el centro del puente humaredas de violentísimas explosiones.
Parecía como si cañonearan el viaducto con piezas del 155. De repente, la estructura se partió en dos y, tras ligeras oscilaciones, los dos trozos se vinieron abajo con inenarrable estrépito.
¡El suelo retembló sordamente. Enormes nubes de polvo se elevaron a las alturas, mientras la gente seguía corriendo enloquecida. Lancell, con la boca abierta de par en par, contemplaba el espectáculo y le parecía hallarse muy lejos, soñándolo sin duda.
Pero era realidad, una triste y amarga realidad.
Consumada su tarea de destrucción, la astronave se elevó vertical y rapidísimamente y, en pocos segundos, se había perdido de vista de los

aterrados espectadores de la catástrofe.

* * *

— ¿Era una nave marciana? Decimos marciana por costumbre, puesto que ya sabemos, según nuestros exploradores espaciales, que no hay habitantes en Marte, pero de lo que no cabe duda es de que se trataba de un aparato extraterrestre.

»¿De dónde vino? ¿Adónde se fue? ¿Quiénes lo tripulaban? ¿Por qué atacó precisamente el viaducto de Dry Canyon? Preguntas que hoy por hoy, nadie está en condiciones de contestar. Hemos intentado hablar con el ingeniero que proyectó la obra, pero el señor Lancell se ha negado en redondo a facilitamos la menor información acerca de hecho tan insólito como incomprensible.

«Una cosa sí es cierta: la mejor obra de ingeniería de muchos años a esta parte yace ahora en el fondo de Dry Canyon, convertida en escombros…

Lancell cerró el televisor, que no cesaba de ofrecer imágenes de la catástrofe.

Estaba furioso. Era un ataque dirigido contra él en persona, más que contra el puente.

Pero ¿por qué y por quién?

¿Smragh?

¿Amigos de Smragh?

— Y ni siquiera tengo el consuelo de poder localizar a Bibi —se dijo, mientras llenaba por segunda vez su copa de coñac.

Ahora empezaba a creer que Bibi había dicho la verdad, que Dahlan y Stahlan existían, que eran dos mundos habitados por seres inteligentes y, al parecer, rivales.

— ¿Y a mí qué diablos me importa su rivalidad? — masculló, después de un buen trago.

Pero, tal vez por aquella misma rivalidad, el viaducto de Dry Canyon se había ido al cuerno.

De repente llamaron a la puerta.

— Si fuese Bibi le iba a decir cuatro cosas…

Pero no era Bibi.

— ¿Vive usted en esta casa? —preguntó uno de los dos individuos que estaban en el umbral de la puerta.

El joven demoró la respuesta unos segundos.

Los dos sujetos parecían casi hermanos gemelos. Desde luego, vestían ropas idénticas.

Un casco que parecía de tejido fino y consistente a la vez, rematado en un pico que acababa justo entre las dos cejas, casco que cubría enteramente el cráneo, dejando a la vista solamente el óvalo de la cara; traje de una sola pieza, anchos cinturones de color gris algo más oscuro y botas de media caña, también del mismo tejido, según parecía, tal era la indumentaria de los dos sujetos.

En el lado izquierdo de los cinturones, Lancell vio pendientes sendas cajas de forma triangular y vagamente parecidas a fundas de pistola. Sobre el pecho, llevaban una caja metálica, muy brillante, de forma oblonga y de unos doce centímetros de longitud, por seis de anchura y tres de grosor. Las cajas pendían de sendas cadenas de hilo metálico bastante grueso.

— Sí, aquí vivo — admitió al cabo —. ¿Quiénes son ustedes?

— Lo siento, señor —dijo el que parecía llevar la voz cantante—. Mi compañero y yo somos agentes de la Jefatura Máxima de Seguridad de Stahlan. En cumplimiento de las órdenes que hemos recibido, le notificamos que ha sido arrestado por traidor.

Lancell sintió que se le aflojaba la mandíbula inferior.

— ¿Quéeeee…? ¿Yo, traidor?

— Ésa es la acusación que se le formula — dijo el desconocido, impasible—. El juicio que se celebrará en su momento confirmará o rechazará tal acusación.

— Mientras tanto, deberá acompañarnos a nosotros a Stahlan —dijo el otro sujeto.

— Están locos —bufó Lancell—. Están locos si piensan que yo…

Sin inmutarse apenas, el primero que había hablado, levantó la tapa de la caja que pendía de su costado izquierdo, sacó una especie de grueso tubo, terminado por un lado en numerosos agújenlos, y apuntó con él a Lancell.

El joven dio media vuelta. Trataba de escapar.

Una nube de gas verdoso le envolvió en pocos instantes. Sintió náuseas, vértigos y el suelo pareció convertirse en arenas movedizas bajo sus pies.

Luego, todo se hizo negro y silencioso a su alrededor.

CAPÍTULO V

Lancell se paseaba furioso por su encierro, una espaciosa habitación, con un pequeño cuarto de baño contiguo, pero sin ventanas ni huecos de ninguna clase.

Por alguna parte, sin embargo, se renovaba el aire. Tres veces al día, se abría una compuerta en la pared y aparecía una bandeja con comida.

¡Eran unos alimentos sustanciosos, aunque bastante insípidos y en nada parecidos a los terrestres. Como bebida, sólo tenía agua.

Sus ropas le habían desaparecido durante el sueño, cuya duración ignoraba todavía. Ni siquiera sabía la fecha actual.

No podía decir si el ataque de los stahlenenses se había producido la víspera o un mes o un año antes. De pronto, se había encontrado en aquella habitación, vestido con un mono de color anaranjado y eso era todo.

Incluso le había desaparecido el reloj de pulsera que, eléctrico y con calendario, le habría podido indicar el tiempo transcurrido desde su secuestro.

— Porque es un secuestro, a mí que no me digan — mascullaba en más de una ocasión—. Eso de que en Stahlan me consideran un traidor, es un cuento chino.

Calculaba que llevaba en su encierro cuatro o cinco días, a juzgar por los períodos de sueño. Pero eso era todo lo que podía decir acerca de la duración de su captura.

Súbitamente, cuando menos lo esperaba, oyó una voz:

— Permanezca quieto. Cese en sus paseos. Le va a hablar el juez encargado de su caso.

Lancell se detuvo. Una de las paredes de su estancia se hizo súbitamente transparente.

Delante de él, sentado en un sillón de respaldo recto, vio a un hombre de mediana edad, vestido con una toga de color azul. Parecía amable y cortés. Su pelo escaseaba y casi formaba una coronilla en torno a la parte alta del cráneo.

— Hola —dijo el individuo—. Soy el juez Thorgus, encargado de su caso.

Lancell emitió un bufido y se arrojó con el ímpetu de un toro furioso contra el juez.

— ¡Cuidado! —gritó Thorgus —. La pared…

En el último momento, el instinto le hizo a Lancell poner las manos por delante; de otro modo, las consecuencias del choque contra el muro transparente habrían podido resultar funestas.

Aun así, no pudo evitar el rebote y cayó por el suelo. Lentamente, algo aturdido, empezó a incorporarse.

— No iba a creer que me iba a presentar sin protección delante de un acusado —sonrió Thorgus.

Lancell se pasó una mano por los labios.

— Está bien —gruñó—. Dígame usted, ¿con qué derecho me juzgan?

— Oh, pero si no le estoy juzgando todavía —exclamó Thorgus —. Sólo voy a interrogarle y de este interrogatorio saldrá o no su culpabilidad.

— Me declaro inocente.

— ¿De veras?

— Sí.

— Los indicios que poseo hablan de sus relaciones con un tal Duke Hannamor.

— Lo conozco desde hace siete u ocho años. No veo por qué no me iba a relacionar con él.

— Hannamor le hizo entrega de un secreto, entrega ilegal e indebida.

— ¿Se refiere a la «hannamorina»?

— Ése es el nombre que él le dio — sonrió Thorgus—. Su nombre, en nuestro idioma, es «xarffil» y fue descubierto por el doctor Xarffius.

Lancell parpadeó.

Thorgus llevaba pendiente del cuello una cajita análoga a la que portaban los guardias que lo habían capturado.

En un instante, creyó comprender el objeto de aquella caja.

— Oiga —dijo—, ese chisme que lleva pendiente del cuello, ¿es una traductora automática?

* * *

Thorgus sonrió.

— ¿Cómo lo ha adivinado usted? —preguntó.

— Nosotros también tenemos, pero más grandes y sin instantaneidad absoluta, como la que usted lleva. Entre la pregunta y la respuesta, hay una demora de cinco minutos, a fin de que la máquina receptora analice las palabras y frases captadas, las pase a la computadora de respuestas y de aquí a la emisora de fonía.

Thorgus arqueó las cejas.

— Debe de ser un artefacto muy grande —dijo.

— Bastante, pero nos arreglamos bastante bien con él. Sin embargo, hay una forma mejor de entenderse que con la traductora automática.

— ¿Cuál, por favor? —preguntó Thorgus, sonriente.

— Aprendiendo idiomas.

— ¡Qué atraso! — se escandalizó el juez.

— Bueno, bueno, cada cual hace lo que puede… pero ¿dónde hay un abogado? Exijo ser defendido por un abog…

— Aquí no hay abogados.

— «Aquí»… ¿quiere decir Stahlan?

— Justamente.

— Y ustedes me consideran traidor a Stahlan.

—Por ahora, sólo se le acusa de ese delito. Es preciso comprobarlo. Si no lo conseguimos, se le pondrá en libertad.

— Ya —dijo Lancell con sarcasmo—. Pero no hay otro medio de probar mi inocencia que mi sola declaración en ese sentido.

— Bien, el interrogatorio no ha hecho más que empezar.

Lancell miró de soslayo a su interlocutor.

— ¿Piensan sacarme la verdad a base de preguntas?

— Así lo hacemos con todos los acusados de un delito.

— Es decir, no usan el «tercer grado».

— ¿Qué es el «tercer grado»?

Lancell hizo un gesto gráfico con la mano.

— Esto —contestó.

— ¡Qué horror! —se escandalizó Thorgus—. Golpear a las personas. ¿Por quién nos ha tomado usted?

— A mí me gustaría saberlo —dijo el joven, resignado.

— ¿Es que no le han arrestado nunca?

— No, jamás.

— ¡Qué extrañe! —murmuró Thorgus—. Hannamor desapareció hace siete u ocho años, en unión de un cómplice que no ha aparecido hasta ahora.

— Evidentemente, ese cómplice no soy yo.

— ¿Puede demostrarlo?

— ¿Puede demostrar usted que yo soy ese cómplice?

— El físico y la edad, concuerdan. Es usted la viva estampa de Vary Fazh, el cómplice de Hannamor.

Lancell se llevó las manos a la cabeza.

— ¡Dios mío! Lo que me faltaba. Ahora me confunden con un tal Vary Fazh, a quien jamás he visto en los días de mi vida.

— ¿Niega ser usted Vary Fazh? —preguntó Thorgus.

— ¡Sí! — rugió el joven, al borde de la exasperación.

Thorgus meneó la cabeza, apesadumbrado.

— Pobre muchacho — dijo —. En su lugar, yo confesaría. De este modo, mi sentencia se inclinaría a la clemencia.

— ¡Pero si soy inocente! —barbotó Lancell—. ¿Por qué tengo que confesarme autor de un delito que no he cometido?

— Autor, no; sólo cómplice —puntualizó el juez.

—Está bien, está bien —dijo Lancell—. Supongamos que soy cómplice. ¿Qué condena me impondría?

— Congelación durante cien años — respondió Thorgus, impertérrito—. Pero no se queje. Al cabo de ese tiempo, podría ser un ciudadano normal y corriente. En el caso de Hannamor, lo pasaría mucho peor.

— ¿Cómo lo pasaría? —preguntó el joven.

Thorgus movió una mano.

— Véalo —contestó escuetamente.

* * *

La pared contigua a la anterior y que hacía con ella ángulo recto se transparentó de repente. Lancell volvió la cabeza.

Su amigo Hannamor apareció en una estancia de forma cúbica, de unos siete u ocho metros de lado, escoltado por dos guardias uniformados de la forma que Lancell ya conocía.

En el centro de la estancia había un cubo de vidrio, totalmente trasparente y de paredes muy gruesas, de unos dos metros de lado. Una de las paredes del cubo está abierta.

Hannamor avanzaba como un autómata, con los ojos muy abiertos, sin ver apenas lo que le rodeaba. Sin poderse contener, Lancell pronunció su nombre a voz en cuello:

— ¡Duke! ¡Duke Hannamor! Soy tu amigo…

Pero Hannamor no dio muestras de haberle oído.

Los guardias le introdujeron en el cubo. Hannamor permaneció en pie, inmóvil como una estatua.

Uno de los guardias cerró la puerta. Comprobó las junturas y dio dos pasos hacia atrás.

El otro pisó un botón apenas visible, situado en el suelo. El cuerpo de Hannamor se estremeció súbitamente.

A los pocos segundos, el cuerpo empezó a humear. Diez segundos después, se había convertido en vapor, que un potente ventilador aspiró en unos instantes.

Lancell sudaba.

— ¿E… eso qué… qué es…? —tartamudeó.

— Una cámara de ejecución. La muerte sobreviene sin dolor, por desintegración, no atómica, desde luego. Simple gasificación de los elementos orgánicos componentes del cuerpo humano.

Lancell volvió los ojos hacia el juez.

Pero ya no pudo verlo. Las dos paredes se habían tornado opacas.

* * *

Aquella noche —¿era de veras de noche?— no pudo dormir.

Horribles visiones asaltaban su ánimo. Una y otra vez se repetía que todo había sido un sueño, que en cualquier momento se despertaría y que…

Pero era una realidad, le decía su sentido común. De lo único que

dudaba, sin embargo, era de no hallarse en la Tierra.

Alguien, hábilmente, había tramado una especie de conjura contra él y, quizá también, contra su amigo Jim Breene.

La construcción del viaducto de Dry Canyon resultaba una innovación radical. Economía de medios, economía de tiempo y seguridad absoluta. ¿Qué más podían pedir los constructores de obras públicas?

— Todo esto es cosa de ese condenado McClutter-Hayes, más listo de lo que parece — se decía una y otra vez.

¿Y el platillo volante que había cañoneado el puente?

¡Un sueño, desde luego!

Al fin se durmió.

Por la mañana, después de haber dormido mal y enervado, se metió bajo el agua fría, que le despejó bastante. Desayunó una especie de sopa espesa y no muy gustosa, aunque nutritiva, y unas pastillas como de hojaldre, tampoco demasiado atractivas al paladar. Pero el instinto le decía que tenía que mantenerse fuerte.

De súbito, se oyó un tremendo estruendo.

Asombrado, miró en la dirección de donde procedía el ruido. Un chillido de pánico brotó de sus labios.

No sabía cómo, pero un golpe de mar gigantesco, había roto una de las paredes de la habitación desde la cual le había interrogado el juez Thorgus. Al ímpetu de los olas, el muro saltó en mil pedazos.

El océano avanzó avasalladoramente hacia la pared de vidrio. Era un oleaje tempestuoso, rugiente, que hervía en espumas.

Lancell pensó que las olas romperían también el muro de vidrio. Pero cuando casi lo alcanzaban, aquella marea se retiró en un segundo y la habitación apareció intacta ante sus ojos.

Lancell parpadeó.

— ¿Qué diablos ha pasado ahí? —se preguntó, desconcertado.

La pared se hizo de pronto violentamente cuadriculada en blanco y negro. Los cuadros se alternaban de lugar con gran rapidez, sustituyéndose los blancos por negros y viceversa. Cada cuadro tenía un metro de lado, aproximadamente, y había en total unos veinticuatro.

Era un juego centelleante. Los cuadros blancos despedían unos vivísimos chispazos de luz, que mareaban y aturdían. Para no recibir directamente los choques lumínicos, Lancell se volvió de espaldas.

Entonces fue la pared de enfrente la que se cuadriculó en blanco y negro.

CAPÍTULO VI

Lancell comprendió.

Los stahlanenses no le torturarían físicamente, en el amplio sentido de la palabra, pero le someterían a otros tormentos mucho más refinados.

Querían su confesión, pero ¿qué diablos iba a confesar si no se sentía culpable de nada?

A fin de cuentas, Hannamor había sido amigo suyo y la cesión de la fórmula aglutinante se había hecho con todos los requisitos legales.

— Bueno, legales según las normas jurídicas de la Tierra… ¡y aquí no estamos en la Tierra!

El enloquecedor juego de las paredes cuadriculadas continuaba.

Lancell probó a meterse en el lavabo. Allí no pasaba nada.

Esperó algunos minutos. En vista de que los fenómenos sólo se producían en las otras habitaciones, agarró el colchón y se lo llevó al cuarto de baño. Cerró la puerta y se tendió a dormir.

Pasaron varias horas.

De pronto, Lancell creyó oír voces.

— Debe de estar destrozado.

— Han pasado seis horas. El último a quien vi soportar este tratamiento sólo duró dos horas y media y era un hombre excepcionalmente robusto.

Lancell se puso en pie y abrió la puerta del baño.

— ¿Hablaban de mí, por casualidad? —preguntó cortésmente.

Los dos guardias se quedaron atónitos.

— Pero ¿dónde estaba usted? —exclamó uno de ellos.

— ¿Me creen tonto? —sonrió Lancell.

Hubo un momento de consternado silencio. De pronto, uno de los guardias giró sobre sus talones.

— Vamos, Eughy —dijo—. El juez Thorgus tiene que conocer la novedad.

— Salúdenle de mi parte —los despidió Lancell burlonamente.

Lancell volvió a quedarse solo. Pero no por mucho tiempo.

Thorgus apareció unos treinta minutos más tarde. Daba la sensación de estar enojado.

— Me han informado que eludió usted el tormento — dijo.

Lancell se apoyó negligentemente en la pared de vidrio.

— Usted, ¿qué habría hecho en mi caso, juez? — preguntó.

— Soportar el tormento, como está mandado por la ley.

— ¿Qué ley, señor juez?

— La ley de Stahlan, referente a interrogatorios de sospechosos, dispone que…

— A mí me importa un rábano lo que pueda disponer esa ley — le interrumpió Lancell abruptamente—. Esas luces me molestaban y me largué con la música a otra parte.

— Ah, ¿pero usted interpreta música?

Lancell se quedó mirando fijamente a su interlocutor.

— Oiga, ¿de dónde diablos sale usted? ¿Es que su máquina no sabe traducir el significado de una frase tópica? Más o menos, lo que quise decir es que no tenía ganas de aguantar esa tortura y me marché a la habitación contigua.

— Se nota que ha aprendido usted muchas cosas durante su estancia en la tierra, Vary Fazh —dijo el juez.

— Y tanto. Como que mi estancia en la Tierra ha durado nada menos que treinta y dos años.

— ¡Qué! —gritó Thorgus.

— Como lo oye, amiguito. He estado treinta y dos años en la Tierra, por la sencilla e irrefutable razón de que soy terrestre.

Thorgus abrió la boca de par en par.

— ¡Atiza! —dijo—. ¿A que nos hemos equivocado de sospechoso?

— ¡Rayos! —juró Lancell, al comprender el sentido de aquella exclamación—. Se confunden de planeta, se confunden de sospechoso… Pero ¿qué clase de gente son ustedes?

Thorgus no le contestó, por la sencilla razón de que se había ido.

* * *

Lancell se paseaba furioso de un lado para otro.

— Una confusión — repetía una y otra vez —. Esto clama al cielo.

Hacía horas que se había ido el juez. Lancell no había vuelto a tener noticias sobre su situación.

— Lo mismo son capaces de enviarme a esa cámara de vaporización —dijo, sintiéndose un tanto aprensivo.

De pronto, se abrió una puerta en lo que parecía un muro sin solución de continuidad.

Un hombre uniformado de la manera que Lancell ya conocía, aunque con dos círculos dorados en el lado izquierdo del pecho, apareció ante su vista.

— Soy el capitán Arnxill — se presentó —. Me envía el juez Thorgus y le ruega se sirva aceptar sus más humildes disculpas.

Los ojos del joven chispearon.

— Eso indica que me trae buenas noticias, capitán — dijo.

— Efectivamente. Para mí es un placer comunicarle que ha sido acordada su libertad, por haberse comprobado plenamente su inocencia.

Lancell respiró a pleno pulmón.

— No sabe qué peso me quita de encima, capitán — contestó.

— Le devolveremos sus objetos personales, pero no la ropa. La destruyeron por sospechar que podía tener gérmenes infecciosos.

— Ah, bueno, no me importa.

— Venga conmigo, se lo ruego —indicó Arnxill.

Lancell siguió al oficial hasta una habitación no muy lejana, en la que recobró sus objetos personales: una pluma, un anillo, el reloj y la billetera, así como cigarrillos y fósforos y algunas monedas sueltas.

— Eso es todo —dijo Arnxill al concluir la operación.

Lancell frunció el ceño.

— Creo no haber oído bien —manifestó.

— He dicho: «Eso es todo» — repitió el oficial.

— Temo que se equivoca. Falta algo, capitán.

— Usted dirá.

— Estamos en Stahlan, ¿no?

— Efectivamente.

— Y yo soy de la Tierra.

— Sí, no hay duda.

— Entonces, por todos los diablos, ¿quién me va a devolver a mi planeta?

Arnxill permaneció inmutable.

— Eso ya no es de mi incumbencia —respondió.

— ¿Qué ha dicho? —gritó Lancell.

¡Pero el stahlanense no le hizo el menor caso. Abrió una puerta y dijo:

— La calle está al otro lado.

Arnxill agarró al joven por un brazo y lo empujó hacia afuera. A espaldas de Lancell sonó un «¡Blam!» de significado inconfundible.

El joven parpadeó.

Estaba solo, abandonado en un planeta desconocido, Dios sabía a cuántos billones de kilómetros de la Tierra.

* * *

Paseaba tranquilamente por las calles de una gran ciudad, que supuso acertadamente debía de ser la capital del planeta.

Lancell no acababa de salir de su asombro, pero se explicaba la confusión de los Darr, padre e hija.

Él también habría creído hallarse en una urbe terrestre. Bueno, bien mirado, había bastantes diferencias, pero quizá para quien no conociera a fondo las ciudades de un planeta que no era el suyo, tales diferencias podían pasar desapercibidas.

En conjunto, era una ciudad agradable de ver. Lancell calculó que debía de albergar a unos tres o cuatro millones de habitantes.

— Bueno, ¿y aquí, cómo se las arregla la gente para comer? ¿Qué moneda usan?

— ¿Decía usted algo?

Lancell se volvió. Una hermosa joven, de unos veinticinco años, alta y espléndidamente conformada, le miraba con la sonrisa en los labios.

— Hablaba conmigo mismo, señorita —dijo él.

— No es bueno conversar con uno mismo. Es mejor hablar con otra persona —dijo ella.

— Con usted, por ejemplo.

— ¿Por qué no? Me llamo Taya.
— Yo soy Perry. ¿Cómo estás, Taya?
— Celebro conocerte, Perry. Si no me equivoco, antes te quejabas de hambre.
— Más o menos, Taya —sonrió Lancell.
— En tal caso, y si no te importa, puedo invitarte a comer en mi casa. Está cerca, a cuatro pasos.
— Una invitación que acepto encantado.
Taya se colgó de su brazo.
— Tú pareces forastero — dijo.
— Lo soy —admitió él.
— ¿De Dahlan? ¿De Wyrn 12? ¿De Maywou?
— Sólo he oído hablar del primer planeta. De los otros, no tengo la menor idea.
— Es curioso. No sé adivinar tu procedencia, Perry.
— Soy de la Tierra, Taya.
— ¡Terrestre! —exclamó ella—. ¡He oído hablar tanto de ese planeta!
— En cambio, en la Tierra, no hemos oído hablar jamás de Stahlan.
— No bromees —dijo Taya muy seria—. Ah, mira, ya llegamos.
Entraron en una casa de apariencia corriente. Ella, por el ascensor, le condujo hasta uno de los pisos altos, amueblado de una forma que a Lancell le pareció de muy buen gusto.
— Aguarda un poco. Te traeré algo de comer — dijo la chica.
Taya entró en una habitación. Al cabo de unos minutos volvió con una bandeja en la mano.
Lancell la miró críticamente.
Taya se había soltado el pelo, de color oscuro, que le caía hasta la cintura, y se había cambiado de ropas, poniéndose una blusa muy holgada, de amplias mangas, cortas hasta más arriba del codo, y unos sucintos pantalones de tejido muy liviano. Iba descalza.
— Come sin miedo — invitó, con la sonrisa en los labios.
La blusa de Taya tenía un escote muy pronunciado. Lancell ocultó sus pensamientos.
Pero, en medio de todo, no le desagradaba la aventura.
Comió con apetito. Ella le contemplaba con la sonrisa en los labios, rojos, jugosos.
Estaba sentada en un cómodo diván, con las piernas bajo el cuerpo.

Al terminar él, dijo:

— Ven, siéntate a mi lado, Perry.

Lancell accedió. Taya le dirigió una mirada profunda.

— Háblame de la Tierra —pidió con voz acariciadora.

Lancell sonrió.

— ¿Por qué no hablamos de nosotros mismos, Taya? —propuso.

— Y… ¿qué tenemos que decirnos?

— Todo y nada —murmuró él, atrayéndola hacia su pecho.

Taya no opuso la menor resistencia. Lancell comprobó, con gran agrado, que los labios de una stahlanense podían ser tan cálidos como los de una terrestre.

CAPÍTULO VII

— De modo que te trajeron aquí, confundido con otro.

— Sí, Taya.

Ella estaba en pie, frente a un espejo, cepillándose la frondosa cabellera. Lancell, sentado en una butaca, fumaba. Se había acordado de que tenía tabaco.

— ¿Lo lamentas, Perry?

Lancell demoró la respuesta.

Por su reloj calendario había comprobado que su ausencia de la Tierra duraba ya dos meses largos. Había estado sin conocimiento largas semanas.

Se preguntó qué habrían dicho de su misteriosa desaparición, a raíz de la destrucción del puente de Dry Canyon. «Nada bueno, seguro», pensó.

— ¿No me contestas, Perry? — dijo Taya, en vista de su silencio.

— Oh, perdona, estaba distraído. ¿Qué me habías preguntado?

— Te pregunté si lamentabas estar en Stahlan.

— Según y cómo, Taya. Mirándote a ti, no, desde luego.

Ella dejó escapar una alegre carcajada.

— Eres un chico encantador —dijo—. ¿Quieres una tableta de «shonshlu»? —preguntó de repente.

Lancell se puso rígido.

— ¿Qué has dicho, Taya?

Ella se volvió y le miró con sonrisa cautivadora.

— Te he preguntado si quieres tomar una tableta de «shonshlu» — repitió.

— Ah, sí, bueno. Dámela, Taya.

Ella dejó el cepillo a un lado.

— Te la traeré ahora mismo, Perry —contestó.

Taya abandonó la estancia y regresó a los pocos momentos con un platito en la mano, sobre el que se veía un minúsculo disco de color amarillo verdoso.

— ¿Esto es el «shonshlu»? —preguntó él.

— De pureza garantizada, Perry.

Lancell dudaba.

¿Qué efectos producía aquella droga?

— ¿Es bueno? —consultó.

Taya sonreía.

— Pruébalo. Tendrás la respuesta un minuto más tarde.

Algo reticente, Lancell tomó la pastilla con dos dedos y se la llevó a la boca.

Pero no pudo ponérsela siquiera entre los labios.

Alguien lanzó un agudo grito:

— ¡Quieto! ¡Tire esa pastilla!

Lancell se volvió sobresaltado. Había un individúo en la puerta, empuñando una pistola de extraña factura.

Taya lanzó un chillido de rabia y se precipitó hacia una especie de consola. Abrió un cajón, sacó otra pistola parecida y entonces el desconocido disparó.

Se oyó un hondo gemido. Ante los ojos de Lancell, el cuerpo de Taya se convirtió en una nube de vapor, que se disipó a los pocos momentos.

Lancell se sentía enormemente desconcertado.

— ¿Quién es usted? — preguntó al recién llegado.

Era un hombre joven y bien parecido, que sonreía ahora con buen humor.

— Me llamo Vary Fazh — contestó.

* * *

— Era una espía —dijo Fazh, antes de que el terrestre se hubiera recobrado de su sorpresa.

— ¿Espía? —repitió Lancell—. ¿De quién?

— ¿De quién iba a ser? Del gobierno de Stahlan, naturalmente.

Lancell se pasó una mano por la cara.

— Vayamos por partes —dijo—. Es preciso que aclaremos bien las cosas.

— Sí, desde luego. Estoy a su disposición —contestó Fazh.

— Usted ha dicho que Taya era una espía stahlanense.

— En efecto.

Fazh se inclinó y recogió del suelo la tableta que

Lancell había dejado caer al suelo. La pulverizó con presión de los dedos y luego olisqueó unas cuantas veces.

— No hay duda —dijo—. No es «shonshlu», sino un potente narcótico —miró fijamente al joven—. Esta droga habría liberado totalmente sus inhibiciones y Taya habría conseguido saber cuánto deseaban ellos.

— ¿Ellos? ¿Se refiere a los de Stahlan?

— Estoy mencionándolos continuamente, Lancell.

— Ya, ya. De modo que una espía de Stahlan…

— Pero ¿cómo? ¿Es que no lo comprende? Ellos han estado interrogándole, tratando de sonsacarle, fingiendo cosas que no eran ciertas. Todo eso del juez Thorgus y demás es una solemne mentira.

Lancell frunció el ceño.

— Fazh, ¿quiere hacerme creer que he soñado todo lo que he visto durante mi encierro?

— Pues claro que sí… Oh, bueno, no lo ha soñado; es cierto, pero no es verdad…

— ¿Trata de burlarse de mí? —rugió Lancell.

— ¡Aguarde un momento, hombre! Lo que es falso es que usted estuviese detenido legalmente en Stahlan. La casa donde le tuvieron encerrado, y que nosotros encontramos después de muchos trabajos, era el cuartel general secreto de los agentes de Stahlan en Dahlan.

Lancell se quedó con la boca abierta.

— ¿Cómo? ¿Estamos en Dahlan?

— Claro que sí. He tratado de decírselo desde el primer momento, pero usted no me ha comprendido, Lancell.

El joven se apretó la cabeza con las manos.

— Yo me voy a volver loco —gruñó—. Unos me dicen que estamos en Stahlan, otros que en Dahlan… El siguiente, seguro, me dirá que no me he movido de la Tierra.

— Está en Dahlan, Lancell —aseguró Fazh, muy serio.

— Entonces, ¿por qué diablos simulaban ellos que estábamos en su planeta?

— Para inducirle a hablar, claro.

— ¿Hablar de qué?

— Ellos creían que usted pertenecía a nuestra organización. ¿No era amigo de Hannamor?

— Sí, desde luego. Pero lo ejecutaron.

Fazh se puso serio.

— Lo sé —dijo—. Eso es algo, desgraciadamente, ya inevitable.

— Y a mí me iban a tener congelado cien años.

— Era una broma.

— ¡Caramba, qué broma! Me quedé helado antes de tiempo.

Fazh se echó a reír.

— Son muy sutiles —dijo —. Idearon una comedia. Luego lo echaron a la calle. En el momento adecuado, se le acercó Taya.

— Me pareció una muchacha encantadora.

— Era una espía stahlanense. Hacía tiempo que la teníamos «marcada», pero queríamos atraparla con pruebas. Uno de mis agentes me avisó de que entraba con usted en la casa. Tardé un poco en llegar, pero lo hice a tiempo, creo.

— Si no ha mentido usted respecto al «shonshlu…»

— Esa pastilla, ¡qué iba a ser de «shonshlu»! — barbotó Fazh.

— Entonces, ¿qué diablos es esa maldita droga?

— Ya se lo explicaré otro rato —eludió Fazh una respuesta concreta —. Ahora tenemos que irnos.

— ¿Adónde? —preguntó Lancell.

Fazh sonrió.

— A un lugar donde usted estará seguro… y bien acompañado. ¿Vamos?

— Me parece que, no estando en la Tierra, no me encontraré seguro ni bien acompañado en ninguna parte —dijo Lancell en tono lúgubre.

* * *

— Entre, por favor — invitó Fazh.

La casa era grande y decorada con cierto lujo. Lancell cruzó el umbral y se encontró en un amplio salón, de grandes vidrieras, en aquel momento polarizadas para producir una suave penumbra.

La puerta se cerró en silencio a sus espaldas. Al fondo, Lancell divisó una silueta humana.

Era una mujer. Vestía sólo una especie de túnica de tejido muy claro y su espléndida escultura se recortaba nítidamente al trasluz.

— Hola, Perry —saludó Bibi.

Lancell guardó silencio unos momentos.

— ¿No me dices nada? —preguntó ella—. ¿Estás enojado conmigo?

— La verdad, no estoy como para saltar a tu cuello… a menos que sea para estrangularte y, por ahora, no siento instintos asesinos.

— Tienes razón en quejarte de mí, Perry — admitió Bibi —. ¿Quieres beber?

¡Ella llenó dos copas de un líquido rojizo y transparente, contenido en un frasco de vidrio de extraña factura. Con las copas en la mano se acercó y le miró.

— Me alegro de que no te haya pasado nada — dijo, a la vez que le entregaba una copa—. Sentí mucho miedo por ti cuando me enteré de que te habían secuestrado.

— ¿Lo dices en serio?

Ella dijo «sí» con las pestañas.

— Pero yo no comprendo nada —alegó Lancell.

— Ven, siéntate.

Bibi le indicó un espacioso y cómo diván. Ella se sentó a su lado.

— ¿Quieres ayudarnos? —preguntó.

— ¿A qué, Bibi?

— Sencillamente, a evitar que cierta fórmula salga de Dahlan.

— ¿Qué fórmula, Bibi?

— Una, de la cual depende nuestra supervivencia.

Lancell ocultó una sonrisa, llevándose la copa a los labios. El líquido parecía vino terrestre, suave y perfumado.

— Y supongo que los de Stahlan pretenden esa fórmula —dijo, después de un buen trago.

— Es obvio —contestó Bibi.

Lancell sonreía socarronamente.

— ¿No me crees? —se picó ella.

— Me siento más bien escéptico.

— ¡Te he dicho la verdad, Perry!

— Tu verdad, Bibi.

— No entiendo…

— Ahora tendría que conocer la verdad de Stahlan.

— Ellos te tuvieron detenido y te atormentaron, ¿no?

— Quizá si yo hubiese encontrado a una Bibi stahlanense, vosotros habríais hecho igual conmigo que ellos.

— Ya te encontraste con Taya.

— Pero no desde el principio, como sucedió contigo.

Bibi se puso rígida.

— Entonces, ¿no quieres colaborar? —preguntó.

— Colaborar, ¿en qué?

— ¡En nuestra supervivencia, vuelvo a repetirlo!

CAPÍTULO VIII

Lancell se puso en pie.

— ¿Por dónde se va? —preguntó.

— ¿Adónde quieres ir? —exclamó Bibi, atónita.

— A la Tierra, naturalmente. No voy a continuar aquí durante el resto de mis días.

Bibi entornó los ojos.

— ¿Crees que te iría tan mal aquí? —preguntó.

— A juzgar por lo que he visto hasta ahora, quedándome, no me iría bien de ninguna manera. Bibi, por favor, quiero volver a la Tierra.

Ella se agazapó como una gatita en el diván.

— No puedo prohibirte que te vayas, aunque, ¿cómo lo harás?

— Oh, no me falta ingenio. Ya buscaré algún medio…

— ¿Sabes pilotar una astronave dahlanense?

—¿Y tú?

— Por supuesto.

— Entonces, ya encontraré a otra chica más amable que tú y que no ponga tantos inconvenientes para devolverme a mi planeta.

— ¿La hallarás? —preguntó Bibi con sorna.

— Espero que sí. Adiós.

Bibi no formuló ninguna objeción. Lancell cruzó la sala y abrió la puerta.

Dos hombres armados le cerraron el paso.

— Vuelva atrás —dijo uno de ellos.

— No se puede salir —añadió el otro, no menos ceñudo que su

compañero.

El pecho de Lancell se hinchó poderosamente.

Por un momento, dudó en arrojarse contra los esbirros, pero se lo pensó mejor y cerró con suavidad.

Luego se volvió hacia Bibi. Ella sonreía placenteramente.

— No puedes abandonar nuestro planeta —dijo.

— ¿Estás segura de lo que afirmas?

— Sí, Perry.

— Bibi, temo que tú no conoces bien a los terrestres — habló él con toda calma— A veces nos volvemos salvajes y cometemos atrocidades entre nosotros mismos, pero poseemos una cualidad que quizá desconozcáis vosotros: la tenacidad.

— Eso significa que tratarás de escapar de Dahlan.

— Por todos los medios —afirmó él rotundamente.

— Es decir que te niegas a ayudarnos.

— Bibi, me gustaría meter una cosa en tu linda pero hueca cabecita —dijo Lancell—. Pero temo que ello no será posible.

— ¿De veras? ¿A qué te refieres?

— Sencillamente, a una cosa: a mi neutralidad.

No me interesan los conflictos entre vosotros y Stahlan. Dahlan dice tener razón, pero ¿cómo sé que Stahlan no la tiene también?

— Ellos quieren robarnos la fórmula que puede asegurar nuestra supervivencia — insistió Bibi.

— ¿Morirán los stahlanenses si no consiguen esa fórmula?

Bibi vaciló.

— Bueno, es nuestra y no tenemos por qué compartirla con ellos — respondió de mala gana.

— Lo cual no contesta a mi pregunta.

— ¡Ni pienso hacerlo! Perry, es hora de que tú también te metas una cosa en la cabeza: eres nuestro prisionero y no saldrás de aquí mientras nosotros no accedamos a ello.

Hubo un momento de silencio.

Lancell miraba fijamente a la muchacha. Bibi empezó a sentirse incómoda.

De pronto se levantó y se acercó a él, sonriente, en actitud insinuante.

— Perry, por favor, ayúdanos…

— Celebro mucho que se hayan deslindado los campos —la atajó él

fríamente—. Ahora ya sé que no puedo contar con tu amistad.

— La tendrás si…

— ¡Soy neutral! —gritó Lancell—. Entiéndelo bien de una vez, Bibi. No pretendo erigirme en justiciero; sólo quiero conocer la verdad, sin deformaciones, antes de tomar partido por unos o por otros.

— ¡Ellos te atormentaron!

— Emplearon otro procedimiento, pero buscaban lo mismo que vosotros. Por favor, ¿dónde está mi celda?

— ¿Te consideras nuestro prisionero?

— Después de lo que he oído, ¿puedo pensar de otro modo?

Bibi inspiró profundamente y sus senos se marcaron con tensas curvas bajo el liviano tejido que los cubría.

— Te enseñaré tu celda —contestó con glacial acento.

* * *

Lancell se durmió.

Despertó. Todavía era de noche.

Encendió un cigarrillo. Ya le quedaban pocos.

— Bueno, cuando se me acaben, dejaré de fumar se resignó.

Por enésima vez se preguntó cuál era la fórmula al parecer mágica —, que iba a asegurar la supervivencia de los dahlanenses.

¿Tenía algo que ver con el « shonshlu »? Posiblemente, no; en su opinión, el «shonshlu» no era sino una droga, más o menos efectiva contra alguna clase de enfermedad, pero nada más.

En cambio, la fórmula…

Su dormitorio era amplio, escuetamente decorado, pero con todas las comodidades. Disponía de unos amplios ventanales los cuales, según había comprobado, eran invulnerables a los golpes. Se trataba de vidrio blindado.

— Según fórmula dahlanense, claro.

Tiró el cigarrillo. De repente, oyó unos golpecitos en uno de los vidrios.

Estaba situado detrás de su cama. Volvió la cabeza y vio una silueta humana pegada al cristal.

Lancell se puso en pie. Atónito, comprobó que se trataba de una mujer, joven y muy hermosa.

Aunque era de noche, tenía las pupilas habituadas a las tinieblas.

Así pudo apreciar que ella vestía una especie de peto metálico, que cubría justamente los senos y dejaba su espalda enteramente al descubierto, y una faldita muy corta, adornada con infinidad de placas metálicas, semejantes a grandes escamas. Unas botas de media caña, muy ajustadas a la pantorrilla, completaban su vestuario.

Ella le hizo señas de que se apartase a un lado. Lancell obedeció.

La desconocida descolgó de su cinturón un tubo parecido a una linterna y lo enfocó sobre el vidrio, que se tornó brillante de inmediato. A los pocos segundos, empezaron a caer al suelo gruesos goterones de vidrio fundido.

Un minuto más tarde, había un agujero del tamaño de un cráneo humano. Sonriendo, la bella desconocida dijo:

— No tema, Perry Lancell; he venido a rescatarle.

— Es un placer, señorita, pero, dígame, ¿quién es usted?

— Me llamo Zyssis —contestó ella, sin interrumpir su labor ni un solo momento.

— ¿Nada más?

— Bueno, el apellido es un poco enrevesado, así que no vale la pena mencionarlo.

—Ah, ya. Ha dicho que ha venido a rescatarme.

— Sí, Perry.

— Usted me conoce. ¿Cómo supo que estaba aquí?

Zyssis suspiró.

— Hace muchos meses que vamos detrás de su pista —contestó—. ¡Lo que nos ha costado encontrarle!

Lancell sonrió.

— Debo de ser un tipo de mucho valor —dijo.

— No se lo puede figurar usted… Bueno, ya puede pasar. Con cuidado, Perry.

Lancell pasó al otro lado. Zyssis le tendió una mano, mientras le dirigía una hechicera sonrisa.

—Me siento muy feliz al verte libre —manifestó, tuteándolo.

— En eso coincido contigo, aunque sólo hasta cierto punto, Zyssis.

— ¿Cómo…? Bueno, ya hablaremos cuando estemos en seguridad. Ven, por favor.

La casa de Bibi estaba rodeada de un frondoso jardín. Zyssis le condujo con toda seguridad a través de la espesura, hasta llegar al pie de un árbol gigantesco.

Adosados al tronco, Lancell divisó dos extraños aparatos. Ella se colgó uno a las espaldas.

— Son propulsores individuales —explicó—. Su manejo es muy sencillo.

Momentos después, Lancell se elevaba en el aire en unión de su salvadora. Zyssis agarró una de sus manos y le guió con seguridad a través de los campos, sobre los que ya empezaba a clarear el día.

Una cosa chocó bastante al terrestre: la relativa aridez de aquella extensión de terreno, que no parecía tener fin.

En cambio, no le extrañó tanto verse, al término del viaje, ante una astronave de forma lenticular, parada al pie de un cerro de abruptas paredes. —Entremos — dijo Zyssis.

Lancell siguió a la joven. Una vez en el interior del aparato, Zyssis se despojó del propulsor individual.

— Quítatelo tú también, Perry —indicó.

Lancell estaba ya curado de espanto. A pesar de todo, contempló con interés el interior de la nave, espacioso y cómodo, con grandes ventanales que permitían una visión completa del exterior. Zyssis seguía sonriendo.

— Siéntate ahí, por favor —indicó.

El sillón era muy cómodo, de respaldo anatómico. Con gran pericia, Zyssis manipuló en los mandos y el aparato se elevó raudamente.

En pocos minutos, estuvieron en el espacio exterior. Zyssis trabajó todavía un rato en los instrumentos y luego, reclinándose satisfecha en el asiento, volvió la cabeza para mirar sonriente a su compañero.

— Bien, Perry, ya puedes considerarte a salvo de tus secuestradores —dijo—. Espero que sepas pagarnos este favor de algún modo.

Lancell devolvió la mirada, pero no sonreía.

— Así, pues, mi rescate no ha sido desinteresado —murmuró.

Zyssis elevó sus manos para atusarse un poco el pelo.

— En cierto modo, sólo tienes que hacernos un gran favor, y no te costará nada, te lo aseguro —respondió—. Después, podrás hacer lo que gustes, incluso, por supuesto, regresar a tu planeta.

— Ya entiendo. Pero ahora, de momento, me llevas a Stahlan.

Zyssis se sorprendió vivamente al oír aquellas palabras.

— ¿Quién ha mencionado aquí a Stahlan? —exclamó—. Adonde vamos es a mi planeta, a Fryvar, para que lo entiendas de una vez, Perry.

CAPÍTULO IX

Zyssis se movía graciosamente por el interior de la astronave. Lancell, serio, casi ceñudo, permanecía sentado ante una mesa, mientras ella le servía la comida.

— ¿No hablas? ¿No dices nada? Estás callado desde que dije que íbamos a Fryvar, mi planeta…

Lancell tomó un sorbo de aquel líquido tan parecido al vino terrestre.

— ¿Puedo hacerte unas cuantas preguntas, Zyssis? — dijo.

— Claro. — Ella se sentó frente a su huésped y apoyó los codos en la mesa—. Pregunta, te responderé sin vacilación.

— Primero, ¿por qué vamos a Fryvar?

— Te necesitamos allí, Perry.

— Muy bien. Segundo. ¿Está muy lejos?

— En medidas terrestres, unos doce años luz.

— ¿Y tardaremos en llegar…?

— Unos tres días, siempre tiempo de tu planeta.

— ¿Del cual distamos en este momento?

— Algo más de sesenta años luz.

— Es decir —calculó Lancell—, quince días de viaje.

— Cifra muy aproximada.

— Eso significa que Dahlan está mucho más lejos de la Tierra.

— Sí, a unos ciento sesenta años luz.

Lancell asintió.

— Esto justifica el tiempo empleado en el viaje de la Tierra a Dahlan — dijo.

— ¿Cómo? —inquirió Zyssis.

— Nada, no tiene importancia. Zyssis, ¿qué trato recibiré en Fryvar?

— El de huésped distinguido, por supuesto.

— Pero… a cambio de mis informes, naturalmente.

— Es algo que no te costará mucho facilitar — sonrió ella.

— Claro, claro — dijo Lancell socarronamente —. Pero ¿qué clase de informes tengo que daros?

—Encuentro curioso que hagas esa pregunta, Perry. Los informes que necesitamos son los referentes a la fórmula del «shonshlu».

— Ah, ya, el «shonshlu». Zyssis, lamento mucho tener que darte una mala noticia.

Ella arqueó las cejas.

— ¿Sí, Perry?

— Sí, hermosa. La mala noticia consiste en que desconozco por completo esa maldita fórmula.

Dicho lo cual, Lancell se llevó nuevamente la copa a los labios.

Pero recibió una gran sorpresa.

Esperaba ver a Zyssis consternada. Ella, en cambio, rompió a reír.

— Perry, tienes un magnífico sentido del humor — dijo.

— Di mejor sentido de la paciencia. Es la palabra que califica correctamente mis sentimientos actuales.

— ¡Perry, por favor, déjate de bromas! ¡Tú tienes esa fórmula y nosotros la queremos!

— Lo veía venir —sonrió él—. A lo que parece, aquí nadie da nada a cambio de nada. Muy bien, guapa; ya puedes empezar la sesión de tortura, pero no conseguirás nada.

Zyssis se puso en pie y pateó el suelo furiosamente.

— ¡Tienes esa fórmula y nosotros la queremos!

— Porque es vital para vuestra supervivencia.

— ¿Cómo lo sabes? —se asombró la joven.

— Lo dicen los dahlanenses y, supongo, también deben de decirlo los stahlanenses. Todo el mundo lo dice… y si ahora apareciera algún terrestre me largaría el mismo cuento.

Zyssis apoyó las manos en la mesa y le miró fijamente.

— Perry, ¿te parezco hermosa? — preguntó.

Lancell demoró la respuesta un segundo.

— ¿Te vendes por la fórmula? — preguntó al cabo, en tono insultante.

— Es mi obligación…

Lancell se puso en pie, soltando una ruidosa carcajada.

— Unos emplearon la tortura; otros, la amistad; vosotros, la seducción… Pero te digo lo mismo que le dije a Bibi Darr. Soy neutral.

Ella se irguió. Lancell, de pronto, añadió:

— Aunque bien mirado, ¿qué diablos me importa a mí? ¡Pero es que desconozco por completo esa fórmula!

— Lo siento —dijo Zyssis fríamente—. Había llegado a tomarte estima. Después de lo que he oído…

Lancell le dirigió una amplia sonrisa.

— Ven, hermosa, acércate —invitó.

Zyssis, tras una ligera duda, accedió. De pronto, se encontró apretujada por los fuertes brazos del joven.

Echó la cabeza hacia atrás. Sonreía.

— Entonces, ¿cedes? —murmuró.

Lancell sonrió mefistofélicamente. De súbito, sin previo aviso, agarró a la joven y la hizo dar media vuelta rápida.

Ella gritó. Lancell sujetó sus muñecas con una sola mano.

— Voy a decirte una cosa —habló ceñudamente—. Ahora mismo vas a poner rumbo a la Tierra, quieras o no. Una cosa es segura, Zyssis; si no me devuelves a mi planeta, te mataré.

— Serías capaz de hacerlo — dijo ella, despechada.

— Puedes estar segura de que lo haré si tratas de engañarme — confirmó Lancell con tajante acento.

* * *

La escotilla se abrió. En la noche, Lancell vio a lo lejos las luces de su ciudad.

— Te vas satisfecho —dijo Zyssis con gesto torvo —. Has conseguido lo que deseabas.

— Sí —respondió él, impasible.

— Está bien, pero puede que volvamos a vernos.

— Puede.

— Aquí tienes el propulsor individual. El suelo está a menos de mil metros.

— Dámelo.

Lancell tomó el aparato. Presionó el botón de sustentación en

inmovilidad aérea y lo sacó afuera.

El propulsor se hundió a plomo en el vacío.

Zyssis retrocedió un paso.

— No, Perry, no… —dijo, temblando de pánico.

El puño de Lancell avanzó hacia la mandíbula femenina. Zyssis se desplomó instantáneamente.

Lancell la tomó en brazos y la llevó a su cámara, dejándola tendida sobre la litera. Movió la cabeza compasivamente, mientras la contemplaba durante un segundo.

— ¿Por qué encargarán a las mujeres de estos asuntos? —murmuró.

Encogiéndose de hombros, fue en busca del otro propulsor. Tras colocárselo a la espalda, se dirigió a la escotilla.

Momentos después, saltaba al vacío. El aparato refrenó satisfactoriamente su descenso a los pocos instantes.

— Hola, Tierra —suspiró, al poner los pies en un suelo de acogedora blandura, cubierto de hermosa hierba.

Miró hacia arriba y, mentalmente, deseó un buen viaje de regreso a la bella Zyssis. Luego, con paso firme echó a andar en determinada dirección.

* * *

— ¿Crees que debemos llevarnos esto también, María? —consultó Jim Breene, mientras sostenía en alto una figurita de porcelana.

— A mí me gustaría —respondió la mujer—. Es muy bonita y siempre la tendrás a punto para adornar un rincón.

—Sea —concedió Breene—. Se vendrá con nosotros.

— Gracias, cariño —sonrió María.

De pronto, llamaron a la puerta.

— ¿Quién será? — preguntó Breene.

— Yo abriré, querido.

María Breene cruzó la sala y abrió la puerta. Sus ojos emitieron un destello de sorpresa al reconocer a su inesperado visitante.

— ¿Eres tú o tu fantasma, Perry Lancell? —exclamó, atónita.

— Nada de fantasma —sonrió el joven—. Perry en persona, María.

— Me dejas…

— ¿Puedo pasar, María?

— Oh, sí, claro, entra, Perry — accedió ella cariñosamente—.

¿Sabes que casi te creíamos muerto?

— Poco le ha faltado —dijo Lancell—. María, estás más guapa cada día.

Ella se esponjó visiblemente.

— ¡Psé! Una tiene el tipito mono, la cara no mal parecida…

— Y un marido que te adora, ¿no?

Los ojos de María brillaron inconfundiblemente.

— Eso es cierto —convino—. Pero ahora las cosas no van tan bien como deseáramos.

Lancell dejó de sonreír, mientras examinaba la sala.

— Esto está, como vulgarmente se dice, patas arriba —dijo—. ¿Qué sucede, María?

Ella fue a contestar, pero su marido se anticipó:

— ¡María! —exclamó desde la otra habitación—. ¿Con quién estás hablando?

Al mismo tiempo que formulaba la pregunta, salía de la estancia. Vio a Lancell y se quedó como herido por el rayo.

— ¡Perry! —exclamó.

El joven agitó una mano.

— En carne y hueso —contestó—. ¿Qué tal, Jim?

Breene se acercó a él y le puso una mano en el hombro.

— Me alegro de verte, aunque vienes en mala época —dijo.

— No tan mala que no pueda servirle una taza de café — exclamó María —. Jim, mira a ver si encuentras en esta barahúnda una silla para Perry. Mientras, voy a la cocina a encender el fuego.

— De acuerdo, querida. Ven, a la otra sala; allí estaremos más cómodos.

— Como quieras, Jim.

Lancell dejó apoyado en la pared el artefacto que había traído consigo. Breene lo advirtió y se sintió extrañado.

— ¿Qué es eso, Perry? —preguntó,

— Oh, no tiene nada de particular. Un propulsor individual, Jim.

— ¿Ideado por ti?

— ¡Qué más quisiera yo! —dijo Lancell, riendo forzadamente—. Anda, tienes muchas cosas que contarme, Jim.

Breene se volvió hacia él.

— ¿Y tú? Has estado tres meses ausente. Te dábamos por muerto, incluso. ¿Dónde diablos te has metido, Perry?

Lancell se derrumbó sobre un sillón.

— Si te lo contara, no me creerías. Dirías que es una fábula, que lo he soñado, que tengo una imaginación portentosa… pero lo que me ha sucedido es la más absoluta realidad, Jim.

— Bueno, en principio, estoy dispuesto a creerte — declaró Breene —. Tu desaparición fue harto súbita para que no resultase enigmática. Se habló, incluso, de la posibilidad de un secuestro.

— Y es cierto, Jim, pero, dime, ¿por qué te mudas de casa? Porque, según todos los síntomas, eso es lo que estás haciendo. ¿O no?

Breene asintió.

— En efecto, así es —admitió—. Estoy arruinado, Perry.

CAPÍTULO X

— Por fortuna, no he dejado ninguna deuda. Las he saldado todas —añadió Breene—. Pero me he quedado prácticamente sin un centavo y he tenido que buscar un empleo. Desde mañana entro a trabajar como operario de una pala mecánica.

Lancell silbó.

— Me dejas anonadado —confesó—. Pero, ¿por qué esa ruina, Jim?

— El puente, hombre, el puente. Con el bombardeo, todo se fue al diablo.

— Pero tú no tienes la culpa…

— Tenía un par de excelentes contratos en perspectiva y me los cancelaron. Además, debía cobrar del municipio unas sumas muy importantes, que completaban los pagos por el importe del puente. Cierto, yo no tengo la culpa, pero no lo entregué en la fecha acordada. Consecuencia, el municipio rechazó los pagos pendientes y tuve que empeñarme hasta las camisas, a fin de cancelar las deudas que tenía contraídas, en espera de ese dinero, que no llegó.

— Entiendo. ¿Qué se hizo al respecto, sobre aquella nave atacante? —inquirió Lancell.

— Oh, corrieron ríos de tinta, pero no se logró nada positivo. Hubo un jaleo tremendo en las Naciones Unidas; los países se tiraron los trastos a la cabeza y menos mal que sólo fue dialécticamente… y ahí acabó todo, Perry.

— No sabes cuánto lo siento —dijo Lancell—. En el fondo, quizá la culpa es mía…

— La idea era buena y el puente una tremenda innovación. Si ahora

me encargases otro puente, cosa tan remota como la nebulosa de Orión, volvería a llamarte a ti para que dirigieses su construcción. Pero tendría un par de aviones sobrevolando la obra continuamente. Bien armados, por supuesto.

Lancell se acarició la mandíbula.

— Un ataque ciertamente incomprensible —comentó—. ¡Pero hay tantas cosas incomprensibles en lo que a mí me ha pasado!

— Antes has dicho que te secuestraron, Perry.

— Sí.

— ¿Quiénes? ¿Los que destruyeron el puente?

— Muy probablemente, sí.

— ¡Cómo! ¿Es que no lo sabes seguro?

— No estoy en condiciones de afirmarlo rotundamente, Jim. Lo que sí te puedo decir es que no estuve preso en ningún lugar de la Tierra.

Breene le miró extrañado.

— ¡Perry! ¿Qué cosas estás diciendo? —se asombró.

Lancell sonrió con melancolía.

— Ya me suponía que no me creerías —dijo—… Aunque quizá si Hannamor estuviese presente, variarías de opinión. Pero, por desdicha, Hannamor está muerto.

— ¿Quién ha dicho que el doctor Hannamor está muerto? —exclamó María, que entraba en la sala en aquel momento, portadora de la bandeja con el servicio de café.

— Yo —contestó Lancell—. Hannamor está muerto. Es más. Vi como lo ejecutaban, acusado de traidor.

Sosegadamente, María se inclinó para llenar las tazas.

— Perry, ¿lo has soñado? —dijo—. No más lejos de ayer por la tarde, vi al doctor Hannamor en el supermercado.

Lancell casi saltó en el asiento.

— María, siento contradecirte, pero…

— ¡Era Hannamor, Perry! —insistió ella.

El tono de la joven era de seguridad en lo que afirmaba.

Lancell dudó.

— Puede tratarse de un doble —opinó.

María soltó una risita.

— ¿Un doble? Perry, he visto a Hannamor bastantes veces, como tú sabes muy bien. En parte, conozco sus costumbres, sobre todo, la de llevar el bolsillo de la chaqueta lleno de cacahuetes tostados. Los come

a todas horas, de día, de noche, incluso durmiendo, diría yo. No sé cómo puede soportarlos; yo ya los habría aborrecido…

Pero Lancell ya no escuchaba a la joven.

Corría disparado hacia la puerta.

— ¡Eh, Perry, tómate al menos el café! —gritó Breene.

Sus llamadas se perdieron en el vacío. Filosóficamente, Breene empezó a remover con la cucharilla el azúcar de su taza.

— A mí me parece que, desde lo que pasó en el puente de Dry Canyon ese chico no está bien de la cabeza — murmuró.

María era de otra opinión.

— No sé por qué —dijo—, pero creo que dice la verdad. Estoy segura de que la intuición femenina, en este caso, no me puede engañar, Jim.

* * *

La casa de Hannamor estaba desierta.

Lancell recorrió el edificio por completo. Era evidente que Hannamor no había vuelto por allí desde su desaparición.

El laboratorio continuaba en idénticas condiciones de ruina. Los muebles estaban llenos de polvo.

— Es raro que no haya vuelto por aquí —murmuró, después de comprobar el fracaso de su gestión.

Pero se comprendía, si se pensaba que Hannamor tenía miedo a ser secuestrado. Por otra parte, la casa era suya y no alquilada, lo que habría hecho que el dueño se hubiese ocupado de reacondicionarla y alquilarla nuevamente.

Frustrado, emprendió el regreso a su domicilio.

Conservaba su apartamento. En el banco tenía algunos ahorros.

Se compraría un nuevo coche. Sacaría dinero; lo necesitaría.

— ¿Y después?

Buscar a Hannamor, sí, pero ¿cómo y dónde?

El conserje de su casa le recibió afectuosamente.

— Creíamos que le habría sucedido algo, señor Lancell —dijo, después de los primeros saludos.

—He estado ausente —respondió él de un modo evasivo—. ¿Algún recado para mí, Bill?

— Pues… sí, señor Lancell. En los últimos tiempos, vino un tipo a

preguntar por usted —respondió el conserje.

Lancell sintió que su corazón aumentaba el ritmo de sus latidos.

— ¿Dijo su nombre? —preguntó ansiosamente.

— Lo siento, señor Lancell. Siempre dijo que quería verle a usted, pero se negó en todo momento a dar su nombre.

— Al menos, déme su descripción, por favor.

— Oh, sí, ya lo creo. Era un poco mayor que usted, alto, delgado, de nariz ganchuda y con gafas de cristales muy gruesos. Parecía bastante miope…

— ¡Hannamor! —exclamó Lancell.

— ¿Lo conoce usted?

— Bill, voy a pedirle un favor — dijo el joven —. Si el doctor Hannamor viene y pregunta por mí, dígale que suba a verme inmediatamente. Si no estoy, que le deje su dirección… ¡y quiero que la consiga, aunque le tenga que pegar un buen garrotazo! ¿Entendido, Bill?

— Descuide, señor Lancell —sonrió el conserje.

Lancell subió a su piso. Lo primero que hizo fue abrir los grifos del baño.

Sentíase nervioso y fatigado. Necesitaba un buen rato de relajación, sumergido en agua tibia. Ahora, se dijo, tenía vivas esperanzas de conseguir aclarar los enigmas que tantos dolores de cabeza le habían causado desde que conoció a Bibi y a su padre.

— Lástima que se pusiera en semejante tesitura de obstinación —murmuró, mientras se sumergía en la bañera—. Era una chica que me gustaba muchísimo.

Los minutos pasaron lentamente. Al cabo de media hora, Lancell se puso en pie y salió de la bañera.

Había terminado apenas de secarse y estaba poniéndose la bata de baño cuando, de pronto, creyó oír ruido en la salita.

Sacó los pies de las zapatillas. Se anudó el cordón de la bata y avanzó sin hacer ruido. Abrió la puerta de la sala y asomó la cabeza cautelosamente.

Sus sentidos no le habían engañado. Había un intruso en la casa.

El individuo estaba vuelto de espaldas a él, inclinado sobre una consola, cuyos cajones registraba con gran cuidado. Lentamente, sin hacer el menor ruido, Lancell se situó tras él.

— ¡Ejem, ejem! —tosió cortésmente—. Si lo que busca ahí es alguna

tableta de «shonshlu», entonces tengo la obligación de decirle que está perdiendo el tiempo.

El intruso se irguió. Estuvo así un momento y, de súbito, giró en redondo.

Lancell trató de rechazar el ataque, pero estaba desprevenido. El puño del intruso le golpeó con fuerza en la mandíbula.

Antes de caer al suelo y perder el conocimiento, tuvo tiempo, sin embargo, de identificar a su atacante.

Era Smragh.

* * *

Una vez, Lancell había visto a Smragh en una taberna.

En aquella ocasión, Smragh le había dicho que se olvidase del «shonshlu». Lancell no había podido olvidar ni la taberna ni el dichoso nombrecito.

Era una pista vaga, pero merecía la pena seguirla. El golpe le había hecho dormir bastante y, cuando despertó, se fue a la cama a seguir durmiendo. Fatigado, podía hallarse en inferioridad de condiciones y ello no le convenía.

A la noche siguiente, a primera hora, acudió a la taberna.

Buscó una mesa discreta, desde la que pudiera dominar la puerta. Pidió una copa y se dispuso a esperar.

Una o dos veces, acudieron chicas alegres con ánimo de hacerle compañía. Lancell rechazó cortésmente los ofrecimientos.

Las horas pasaron lentamente. Empezaba a creer que su idea había resultado estéril.

De repente, vio entrar a un hombre cuya cara le pareció conocida.

Frunció el ceño, concentrándose en recordar. Casi lanzó un grito de sorpresa al conseguirlo.

— Pero qué ¿qué diablos hace aquí este tipo?

Era Richard Fowler, el hombre que le había «zancadilleado» para eliminarle de su empleo y lograr así la mano de la bella Clarissa McClutter-Hayes. El matrimonio había fracasado, pero ello no variaba las circunstancias personales de cada cual.

Minutos más tarde, entró otra persona conocida de Lancell.

El joven creyó que se le saltaban los ojos de las órbitas.

— Cielos, si es…

Tranquila, vestida con relativa modestia, pero radiante de belleza, Zyssis de Fryvar se dirigió a la mesa ocupada por Fowler y se sentó frente a él.

CAPÍTULO XI

La mente de Lancell era un torbellino.

— Ahora resulta que Fowler está metido también en el asunto del maldito «shonshlu».

¡Porque no cabía duda, el «shonshlu», fuese lo que fuese, era el origen común y la causa de todos los problemas, que Lancell se sentía, por el momento, incapaz de resolver.

Alguien se acercó a la mesa de la pareja y habló con Fowler brevemente. Era un individuo corpulento y mal encarado, en cuya mano desaparecieron unos cuantos billetes que le entregó Fowler.

El sujeto se marchó. Al cabo de unos minutos, Fowler y Zyssis se levantaron, disponiéndose a abandonar el local.

Lancell se aprestó a seguirles. Una chica se cruzó con él, tropezó, gritó y cayó de rodillas.

— ¡Bruto! ¡Me ha empujado! ¿Es que no tiene ojos en la cara?

— Dispense, señorita —se disculpó Lancell—. Tenía prisa y…

Fowler y la fryvariana estaban a punto de salir. Quiso correr tras ellos, pero, en aquel momento, le agarraron por un brazo.

— ¡No tan aprisa, amigo! — gruñó alguien —. Tiene que pedirle disculpas a la chica.

Lancell se volvió furioso.

— Ya lo he hecho —dijo.

Entonces reconoció al individuo y adivinó la verdad.

Fowler le había visto y, acertadamente, supuso que le seguiría. Para librarse de su persecución, había alquilado los «servicios» de aquel matón.

— Yo no he oído nada…

— ¡Váyase al diablo! —gritó Lancell, perdiendo la paciencia.

— Conque encima me insulta, ¿eh? Ahora va a ver…

Lancell agarró una silla y la levantó sobre su cabeza. Unas manos le aferraron por detrás y se la arrebataron, antes de que pudiera descargar el golpe.

El matón sonrió. Simuló echarse aliento en los nudillos de su enorme puño y se dispuso a descargar un golpe.

Pero no pudo hacerlo. Una botella voló por los aires y se estrelló ruidosamente contra el cráneo del sujeto, derribándolo sin sentido.

Instintivamente, Lancell buscó con la vista al autor del lanzamiento. Recibió la tercera sorpresa de la noche.

— ¡Bibi! — aulló.

Ella agitó la mano alegremente. Lancell quiso correr a reunirse con Bibi, pero en aquel momento, alguien le atacó por detrás.

El joven se revolvió con cólera infinita. Su atacante era el mismo que le había quitado la silla, sin duda, algún compinche del matón.

Lancell descargó su furia en el tipo. Cuatro o cinco puñetazos lo lanzaron al suelo, en donde quedó atravesado sobre su compinche.

En la taberna se había formado mientras tanto un más que regular alboroto.

Volaban las botellas y los vasos y las sillas se destrozaban sobre las cabezas de los clientes. Lancell empezó a pensar en la retirada.

— Pero no me iré sin Bibi —pensó.

Lo peor de todo fue averiguar que Bibi sí se había ido sin él.

* * *

Clarissa McClutter-Hayes se enterneció al reconocer la imagen que aparecía en la pantalla de su videófono.

— ¡Oh, Perry! —dijo, soltando unas lagrimitas—, cuánto me alegro…

— No te alegres de nada —cortó él duramente—. Si piensas que te llamo para volver de nuevo a tu lado, estás muy equivocada.

— Pero, Perry…

— Ya lo has oído, Clarissa. Sólo quiero que me digas una cosa… Si es cierto que aún me guardas algún afecto.

— Perry, ¿cómo puedes dudarlo? Yo jamás te he olvidado…

— Salvo cuando estabas en los brazos del reptilesco Richard Fowler — dijo él sarcásticamente.

— Bueno, yo creí que le amaba…

— Cometiste un error, así que págalo. ¿Dónde vive ahora tu ex esposo?

— ¿Para qué quieres verle, Perry?

— Son asuntos que tenemos pendientes entre él y yo, Clarissa. Por favor —rogó Lancell crispadamente.

— Calle Borbihan, seiscientos diez, ático.

— Gracias, preciosa. Eso es todo.

— ¡Aguarda, Perry! —gritó ella.

— ¿Sí, Clarissa?

— Perry, cariño, ¿no hay ninguna posibilidad…?

— No, no la hay y lo siento. Yo te amaba sinceramente, pero pude ver tu auténtico carácter el día en que me tiraste mis cosas a la cara. Lo que me pasó con aquella chica fue algo de absoluta inocencia. Créeme, no hubiéramos sido felices. Tú eres joven, hermosa y tienes mucho dinero. No te faltarán más maridos —concluyó sarcásticamente.

Y cerró el contacto de un papirotazo.

— De modo que en la calle Morbihan… —murmuró, mientras abandonaba su piso, al día siguiente de la refriega en la taberna.

Bajó en el ascensor a la calle. El nombre de Fowler no figuraba en la guía así como su número de videófono.

— Se comprende, si se tiene en cuenta sus relaciones con Zyssis. A lo mejor él también es un fryvariano… cosa que, después de lo que me está pasando, no me extrañaría en absoluto.

Subió a su coche. Dio el contacto, pero, de repente, desistió de su idea.

Esperaría a la noche. Muy probablemente, el conserje de la casa, consultaría a Fowler si le convenía recibir su visita.

La calle Morbihan era zona de edificios de lujo, guardados todos ellos por celosos cancerberos. Era mejor encontrar desprevenidos a la pareja.

Tenía los medios para conseguirlo.

— Y pensar que todo esto proviene de esa maldita droga, llamada «shonshlu», que nadie parece saber lo que es—masculló.

* * *

Lancell se felicitó de haber conservado el propulsor que había tomado en la astronave de Zyssis.

Al llegar la hora que estimó conveniente, buscó un sitio para su vehículo y se apeó. Era un lugar relativamente poco concurrido y, en un par de minutos, se colocó los arneses del propulsor.

Consultó los indicadores. Todo estaba en orden. Durante el viaje Zyssis le había enseñado el manejo y los fundamentos del aparato.

En caso necesario, tenía potencia para dos personas, pero no convenía utilizarlo sino en condiciones extremas. Por lo demás, la duración de su combustible era casi ilimitada.

El aparato se movía por una especie de energía nuclear, de la que Lancell no había comprendido casi nada. Tampoco le importaba mucho, a decir verdad.

— Basta con que me eleve en el aire — se dijo, en el momento de separar los pies del suelo.

El ático de Fowler estaba en la vigésimo novena planta. Subió con relativa lentitud y pasó por una ventana iluminada, en la cual una dama de mediana edad se disponía a meterse en la cama.

El tiempo era excelente y la ventana estaba abierta. Lancell oyó un chillido femenino.

— ¡Federico, ven, corre, acabo de ver a un hombre subiendo a los pisos superiores sin necesidad de ascensor!

— Vamos, vamos, Carlota —dijo el hombre—. ¿Cómo puede una persona subir a los pisos superiores sin necesidad de ascensor?

— Que sí, te digo que sí; acaba de verlo y…

—Más te valdría abandonar el funesto vicio de la bebida. Acabarás en dipsómana, Carlota.

— ¡Tú me insultas, Federico…!

Lancell dejó de oír la discusión. Sonriendo, continuó su ascenso. Siete pasos más arriba, vio otra ventana abierta.

Había una hermosa joven cambiándose de ropa. Su indumentaria, en aquellos momentos, consistía en unos trapitos muy transparentes y llenos de cintas y encajes.

Ella le vio y agitó la mano con desenvoltura.

— Si quiere, puede entrar —invitó, sonriente.

— Gracias, pero tengo prisa —contestó Lancell cortésmente.

— Bueno, otro día será —dijo ella con tranquilidad.

Y de pronto se dio cuenta de que había estado hablando con un hombre suspendido en el aire.

— Eso no puede ser —exclamó, a la vez que se derrumbaba sin sentido sobre la alfombra.

Faltaban aún diez o doce pisos. Un poco más arriba, Lancell vio a un tipo gordo que jadeaba, intentando levantar el bastidor de la ventana.

Lancell aflojó un pestillo que se había encajado por el exterior.

— Gracias, amigo —dijo el gordo—. Sin usted, no… sé… qué… habría… he… hecho… —terminó tartamudeando sus frases de gratitud.

El joven llegó por fin al borde del parapeto de la última terraza.

Se asomó con cautela. Había luces en el interior del ático.

La terraza era amplia y tenía trozos ajardinados.

Lancell salvó el parapeto y, agachándose, se despojó del propulsor.

A través de las plantas, pudo ver a varias personas en el interior de una sala elegantemente amueblada. Eran tres, contó en seguida.

Paso a paso, siempre encorvado, llegó a la cristalera. Parpadeó de asombro al reconocer a Hannamor.

— ¡Al fin! — dijo, con un hondo suspiro.

* * *

Hannamor no se hallaba en muy buena situación. Estaba atado a un pesado sillón y Fowler y Zyssis lo acosaban a preguntas.

Desde su posición, Lancell no podía oír nada. Sin embargo, advirtió que la puerta cristalera era de tipo corredizo. Alargó la mano e hizo correr la puerta unos centímetros.

La voz de Fowler llegó ahora nítidamente a sus oídos.

— Tiene que decírnoslo, Hannamor, se lo exigimos — habló el sujeto en tono descompuesto.

Zyssis alargó una mano.

— Modérate, querido — pidió amablemente —. Con voces y gritos desaforados no conseguiremos nada.

— Podemos propinarle una droga…

— Temo que no serviría de nada —alegó Zyssis—. ¿Me equivoco, doctor? —se dirigió al prisionero.

Hannamor hizo un gesto con la cabeza.

— No; está en lo cierto —confirmó.

— Pero, por mil demonios, ¿quién tiene la fórmula? — barbotó Fowler—. Él es el descubridor del «shonshlu». ¿Cómo puede asegurar que tiene otro la fórmula?

Lancell se abstuvo de intervenir.

Por el momento, prefería escuchar. Creía que era más interesante.

Hannamor parecía seguro. Al menos, en aquellos instantes, y salvo las cuerdas que lo sujetaban al sillón, no corría serio peligro.

En caso de que viera que iba a sufrir daño, actuaría sin dilación, se dijo.

— Yo se la traspasé —dijo Hannamor.

— ¿Cómo puede ser eso? —se asombró Zyssis.

— ¿Un «trasplante» de conocimientos referentes al «shonshlu»? —dijo Fowler sarcásticamente.

— Así es, por raro que pueda parecerle —insistió el cautivo.

— Está bien, supongamos que eso es cierto. Usted le traspasó la fórmula... pero ¿es que no se le ocurrió conservar siquiera algunos apuntes, algunas anotaciones para poder repetirla en caso de que sucediera alguna desgracia irreparable?

— Me pareció que lo más conveniente sería destruirla — respondió Hannamor, impertérrito.

Fowler elevó los brazos al cielo.

— ¡Destruir la fórmula! —clamó—. La fórmula que puede significar la diferencia entre la supervivencia o la destrucción de Fryvar.

— Calma, querido —dijo Zyssis, a la vez que se inclinaba hacia el prisionero—. Doctor, usted no destruyó la fórmula sin un poderoso motivo, ¿no es cierto?

— Así es —confirmó Hannamor.

— Quiere decirnos, al menos, ¿cuál es ese motivo?

— ¡Espera un momento, Zyssis —terció Fowler—, Antes deseo saber si es posible conseguir la fórmula de su actual poseedor.

— Sí, si se conoce la palabra clave que ha de despertar su mente a la obediencia en ese sentido — contestó Hannamor.

— Muy natural —concordó Zyssis—. Y díganos, ¿cuál es la palabra clave?

— Si ustedes no tienen inconveniente, prefiero que me la diga a mí —habló alguien inesperadamente en aquel mismo momento.

Lancell abrió la boca, estupefacto al reconocer al recién llegado.

Era Smragh.

CAPÍTULO XII

Smragh tenía una pistola en la mano. El cañón era muy grueso y tenía casi cuarenta centímetros de longitud.

— Esto parece una comedia de enredo — masculló Lancell —. Unos entran, otros salen, por allí aparece alguien que desapareció hace poco…

— ¡Retrocedan! —ordenó Smragh en tono perentorio.

Fowler y Zyssis, muy pálidos, obedecieron.

— ¿Cómo ha entrado usted en la casa? —quiso saber el primero.

— Por la puerta, naturalmente —sonrió Smragh.

— El conserje tiene órdenes…

— Las olvidó a la vista de unos buenos billetes de banco.

— ¡Traidor! —dijo Fowler entre dientes.

— Lo pagará caro — amenazó Zyssis.

— Bueno, ya veremos — rió Smragh —. Doctor Hannamor —se dirigió al prisionero—, lamento tener que comunicarle que se va a venir conmigo.

Hannamor soltó una risita.

— Bueno —dijo tranquilamente.

— No, no se ría usted. Lo he estado oyendo todo y sé lo que debo hacer para arrancarle su secreto.

— Torturarme, por supuesto.

— A menos que no ceda a mis pretensiones de modo gracioso.

— ¡No le dejaremos! —exclamó Zyssis—. La fórmula será para Fryvar.

Los ojos de Smragh centellearon.

— Esa fórmula se puede considerar ya en poder del gobierno de Stahlan —declaró Smragh tajantemente.

Fowler crispó los puños. De pronto, Smragh sacó algo con la mano izquierda y se lo puso en la cara.

Al mismo tiempo, apretó el gatillo. Una nube de gas amarillento brotó del arma.

Primero fue como una pelota de fútbol. Después, en un par de segundos, con enorme rapidez, se expandió por la sala.

Un chorro de gas salió por la rendija a través de la cual escuchaba Lancell. El joven, sorprendido, echó la cabeza hacia atrás.

Era ya tarde. Un poco de gas penetró en sus pulmones.

La pérdida de conocimiento sobrevino fulminantemente.

* * *

Cansado, disgustado y harto ya de todo, Lancell abrió la puerta de su departamento.

Alguien le saludó con una risita burlona.

— Pareces una gallina mojada, Perry —dijo Bibi,

Lancell dirigió a la muchacha una mirada de resignación.

— Puedes burlarte lo que quieras —contestó—. Admito todas las chanzas, ironías y sarcasmos que se te antojen. No te diré nada.

Ella se levantó e inspiró profundamente, a fin de hacer resaltar las sólidas redondeces de sus senos. Sonreía con malicia.

— ¿Cansado?

— Harto de todo —bufó él, dejándose caer sobre un sillón.

— Te prepararé una copa. ¿Qué prefieres, Perry?

— Sulfúrico con nítrico y vidrio molido.

Bibi lanzó una alegre carcajada.

— Estás muy deprimido —comentó.

— No te lo puedes imaginar bien, Bibi.

— Quizá me lo imagino mejor de lo que tú piensas. — Bibi se sentó en el brazo del sillón y le entregó la copa. Luego cruzó las piernas despreocupada mente—. ¿De dónde sales, cariño?

Lancell levantó un ojo.

— Oye, guapa, ¿a qué viene ese tratamiento?

Bibi se inclinó y le besó cariñosamente en la frente.

— ¿Es que no puedo llamar así a mi futuro esposo? — contestó.

— Estás loca —resopló él.

— Por ti, Perry. Nos casaremos cuando terminen todos estos jaleos.

— Ah, pero ¿crees que van a terminar algún día?

— Hombre, claro, cuando hayamos dado con la fórmula del «shonshlu».

Lancell despachó media copa de un trago.

— Entonces, vale más que vayamos ahora mismo a sacar la licencia de matrimonio —manifestó.

— ¿Tanta prisa tienes en la boda?

— Una prisa moderada — respondió él —. Pero si hemos de aguardar a tener la fórmula de esa maldita droga, estamos perdidos.

—¿Cómo dices, Perry?

—Lo que oyes. Hannamor destruyó la dichosa fórmula.

Bibi se levantó de un salto.

— ¡Perry! Hay bromas que no admito de ninguna manera — exclamó.

Lancell se encogió de hombros.

— Como quieras —dijo en tono indiferente.

— Pero eso no puede ser…

— Bueno, pues no puede ser.

— ¡Hannamor no haría tal cosa, Perry!

— Se lo he oído yo en persona, de modo que si hay alguno que miente, es él y no yo.

Bibi se mordió los labios.

— No me explico cómo Hannamor pudo hacer una cosa semejante — dijo en tono de preocupación.

— Es muy sencillo. La fórmula está segura en poder de otra persona, Bibi.

— ¿La conoces tú? —preguntó ella con vehemencia.

— No, no he llegado a tanto.

— Pero ¿cómo puede ser…?

— Muy sencillo: un trasvase de conocimientos, en este caso, referidos única y exclusivamente a la maldita fórmula. Hannamor se lo comunicó a otra persona, pero no llegué a conocer el nombre.

— Sí, es posible —murmuró—. Hannamor se sintió en peligro y no quiso que su fórmula fuese a parar a los stahlanenses…

— Añade también a los fryvarianos, guapa.

— No los olvido — declaró Bibi —. Bien, hipnotizó a esa persona y

grabó la fórmula en su subconsciente. Luego, con toda tranquilidad, pudo permitirse el lujo de destruir apuntes y notas.

— Exacto, aunque es una acción arriesgada.

— ¿Por qué, Perry?

— Imagínate que esa persona muere, Bibi. A un muerto no se le puede despertar el subconsciente.

Ella se puso pálida.

— No creo que se haya producido semejante eventualidad — dijo.

— Yo tampoco, pero debes convenir conmigo en que no se puede descartar.

— Desde luego. Y ahora, nuestro problema estriba en encontrar a esa persona.

— Cuando lo consigas, te quedará otro problema más, Bibi.

— ¿Cuál, Perry?

— Esa fórmula no será liberada del subconsciente de su actual poseedor mientras Hannamor no pronuncie una palabra clave.

— Una precaución muy acertada. ¿¡Sabes dónde está Hannamor?

Lancell apuró su copa.

— Smragh se lo llevó prisionero —respondió.

— ¡Smragh! —repitió Bibi exasperada—. Siempre ese odioso Smragh.

— Muchacha, ¿no crees que él también puede decir lo mismo de ti?

Los ojos de Bibi centellearon.

— Ah, ¿pero te pones de su parte contra mí?

— Yo soy neutral, ya te lo dije en cierta ocasión — contestó Lancell —. Por ahora, ignoro en qué consiste ese maldito «shonshlu». Si es un arma poderosa o un superveneno o algo mortífero, me parece muy bien que esa fórmula permanezca desconocida para siempre. Y en el caso de que se trate de algo beneficioso, opino que no sólo los dahlanenses tenéis derecho al «shonshlu».

Ella le miró a través de los párpados entornados.

— Tú no me quieres, Perry.

— Bibi, no confundas los sentimientos personales con algo que puede afectar a cientos de millones de personas. También en Stahlan como en Fryvar dependen del «shonshlu» para su supervivencia. ¿Por qué os voy a ayudar a vosotros en exclusiva?

— Hannamor es dahlanense…

— Una fórmula beneficiosa no es privativa de un solo grupo —dijo

Lancell sentenciosamente—. En nuestro planeta, al menos, siempre ha sido así. Tarde o temprano, y aunque de ello se obtuvieran lógicos beneficios, la fórmula que podía beneficiar a todos los terrestres, una valiosa medicina, por ejemplo, ha llegado a los más apartados rincones del globo. No veo por qué no ha de suceder igual con el «shonshlu», Bibi.

Ella se mostraba aún remisa a aceptar las razones del joven.

— Pero fue un dahlanense el descubridor de la fórmula…

— ¿Lo consiguió en Dahlan o en la Tierra?

— Yo creo que aquí. Es probable que en la Tierra encontrase un terreno más adecuado para sus experimentos.

— Quizá fue así, pero yo siempre pensé que Hannamor era terrestre. ¿Y si lo es legalmente?

— ¿Cómo? ¿Tratas de decirme que renunció a su ciudadanía dahlanense?

— Pudo haberlo hecho, Bibi.

La muchacha se quedó callada un momento.

— En tal caso, se podría alegar que la fórmula os pertenece —dijo al cabo.

— Siendo para beneficio de los humanos, esa fórmula debe divulgarse, aunque no Se debe excluir que Hannamor reciba los beneficios adecuados por su descubrimiento. Pero, a todo esto, Bibi, todavía no sé qué es el «shonshlu». ¿Alguna panacea universal?

—Y Qué quiere decir panacea? —preguntó ella.

— Medicina que todo lo cura. La palabra se usa más bien en un sentido entre humorístico y despectivo. Naturalmente, no hay una medicina que cura todas las enfermedades, pero siempre se habló de descubrir la panacea universal. Imagínate, curarlo todo con unas gotitas de tal o cual líquido…

Bibi sonrió.

— No, el «shonshlu» no es una panacea, aunque bien mirado, así podría considerarse. Al menos, curará una terrible enfermedad que dentro de pocos años empezará a hacer estragos en Dahlan.

Lancell se impresionó mucho al oír aquellas palabras.

— ¿Qué enfermedad, Bibi? —preguntó.

— El hambre, Perry — respondió ella dramáticamente.

Lancell se quedó con la boca abierta. Bibi movió la cabeza arriba y abajo varias veces seguidas.

— Sí, querido — añadió —; por eso decía yo que del «shonshlu» dependía la supervivencia de Dahlan. Es el alimento universal, barato y fácil de obtener.

— Siempre que se conozca la fórmula Hannamor.

Bibi suspiró.

— Siempre que se conozca esa fórmula, claro — concordó.

CAPÍTULO XIII

Lancell despertó a la mañana siguiente, después de un largo y reparador sueño.

Bostezó, mientras se desperezaba voluptuosamente. Bibi se había ido ya.

— Madrugadora que es la chica —sonrió, mientras saltaba del lecho en dirección al cuarto de baño.

Al salir, se preparó un abundante desayuno. Refunfuñó entre dientes, disgustado por la despedida de Bibi:

— Al menos, podía haberme dicho adonde se iba.

Las cosas se aclaraban, pensó, mientras tomaba el desayuno. Ya sabía en qué consistía el dichoso «shonshlu», nombre que, en dahlanense, correspondía a «alimento universal».

— Lo tiene todo: proteínas, vitaminas, grasas, hidratos de carbono… Aquí también sería un buen negocio montar una fábrica de «shonshlu», aunque habría que darle otro nombrecito más fácil de pronunciar. Caramba, eso de alimentarse a base de tabletas resultaría fabuloso.

Según Bibi, el «shonshlu» era baratísimo de obtener y podía conservarse indefinidamente, aún fuera de su envase.

— Aquí hay gente muy avispada y en seguida le pondrían aditivos rápidos, de este modo, habría tabletas de «shonshlu» para todos los gustos: sabor a pollo, a filete de ternera, a pescado…

¡Pero el «shonshlu» debía poseer ineludiblemente una cualidad: no se fabricaría en tabletas fácilmente ingeribles con la sola ayuda de un sorbo de agua. Deberían ser tabletas grandes, de varios cientos de gramos, aunque bien era cierto que podían fabricarse en distintos

tamaños.

—Lo que no se puede modificar es el organismo humano y el aparato digestivo necesita alimentos que dejen residuos; de lo contrario, si las tabletas fuesen del tamaño de las de un analgésico corriente, aunque contuviesen concentrado el alimento de un día, podrían originarse graves trastornos orgánicos.

Pero no cabía la menor duda: era la solución para el hambre.

Y ello hacía comprender los esfuerzos de unos y otros para apoderarse de la fórmula.

De pronto, llamaron a la puerta.

Lancell se limpió los labios y se levantó para abrir.

Arqueó las cejas al reconocer a sus visitantes.

— Pasen, pasen — invitó con irónica cortesía.

Fowler y Zyssis cruzaron el umbral.

— ¿Cómo está, ingeniero? —saludó Fowler.

— Hola — dijo Zyssis, sin mirarle apenas a la cara.

— Acabo de desayunar, pero puedo hacerles café…

— Gracias — rechazó el hombre —. Hemos venido a hablar con usted, Lancell.

— Muy bien, háganlo sentados — indicó él un diván—. Fowler, nunca pude imaginarme que fuese un extraterrestre.

— Lo disimuló bien, ¿no es cierto? —dijo Zyssis con orgullo.

— Lo disimuló tan bien, que hasta se casó con una terrestre — respondió Lancell sarcásticamente.

— Era sincero entonces. Pero Clarissa tiene un genio infernal — se defendió Fowler.

— Celebro que lo haya averiguado usted por propia experiencia. Yo tampoco lo sabía, pero me enteré…

— ¡Por favor!, —cortó Zyssis—. No hemos venido aquí a hablar de esa estúpida.

— Han venido a hablar de Hannamor.

—Sí — confirmó Fowler.

— ¿Sabe usted dónde está?

— Quieren que les diga el nombre de la persona a quien «trasplantó» la fórmula, ¿no es así?

— ¿Cómo lo sabe usted? —se sorprendió Zyssis.

Lancell sonrió.

— Anoche hice de mayordomo indiscreto, desde la terraza de su

casa — explicó —. Pero también me alcanzó el gas que disparó Smragh.

— Vaya, eso es nuevo para nosotros — murmuró Fowler.

— ¿Cómo se le ocurrió ir allí? —preguntó ella.

— Les vi en la taberna, recuérdenlo. Usted, Fowler, pagó a unos matones para que me impidieran seguirles.

— Es cierto —admitió Zyssis sin inmutarse.

— Por cierto, ¿quién le indicó mi domicilio? —quiso saber el hombre.

— Clarissa, naturalmente.

— Yo creí que ya no se hablaban…

—Bueno, una cosa es que hayamos roto las relaciones y otra que no nos dirijamos siquiera la palabra. Se lo pregunté, me lo dijo y fui a ver por qué no querían que les siguiera.

— Entiendo. Fracasamos.

— Sí, eso pude ver. Por cierto, ¿quién les dio el «soplo» acerca del paradero de Hannamor? A mí también me dijeron que vivía, pero no pude localizar su paradero.

— Fue el mismo tipo que organizó la bronca — contestó Fowler.

— Sí, por esos sitios y con un poco de dinero, se pueden conseguir muchos informes —dijo Lancell displicentemente.

— De eso hemos venido a hablar precisamente — manifestó Zyssis.

— De dinero —agregó Fowler.

— Mucho dinero, Lancell.

El joven miró de hito en hito a sus visitantes.

— ¿Por qué mencionan esa palabra? —quiso saber.

— Llevo años en la Tierra —declaró Fowler—. Les conozco ya a ustedes los terrestres; todo lo supeditan al dinero…

— El amor al dinero es un hábito que usted adquirió rápidamente —dijo Lancell con sarcasmo—.

No se buscó una pobre para casarse con ella, no señor.

Fowler hizo una mueca.

— Bueno, Clarissa reunía todas las cualidades: joven, hermosa, rica…

— Pero no contó con su genio insufrible.

— ¡Por favor! — dijo Zyssis crispadamente —. Dejemos esta tonta conversación. Hablemos de una vez del motivo que nos ha traído aquí.

— Muy bien, ¿ a qué esperan?

Fowler clavó la mirada en el joven.

— Ingeniero, ¿ qué me dice usted de un cheque de diez millones? Garantizado por el Banco y a su nombre — dijo.

Lancell respingó.

— ¡Diez millones!

— Ni uno menos —corroboró Zyssis.

— Bueno, el dólar no es hoy ya lo que era hace años, pero, de todas formas, diez millones… ¿A cambio de qué?

— ¡De la fórmula, hombre! —explotó Zyssis.

Lancell hizo un gesto de resignación.

— Pero, ¿ es que no oyeron a Hannamor tan bien como lo escuché yo?

—¡Claro que lo oímos! Por eso estamos aquí.

— Hannamor dijo que había trasplantado la fórmula a la mente de una persona, de tal forma, que fue como si le «trasplantase» el trocito de cerebro en que estaba grabada esa fórmula. Por tanto, él ya no la recordaba.

— Exacto.

— Y esa persona había recibido la fórmula de tal modo, que sólo la repetiría cuando oyese pronunciar una palabra clave.

— Justamente.

— Muy bien, averigüen ustedes quién es esa persona y pregúntenle por la fórmula, eso es todo.

Fowler y Zyssis intercambiaron una mirada.

Sin saber por qué, Lancell empezó a sentirse aprensivo.

— ¿Qué pasa? ¿Por qué callan? —exclamó.

— Ingeniero, ¿está usted seguro de que oyó todo lo que hablamos con Hannamor? —preguntó Fowler.

— Hombre, todo… Lo único que no pude escuchar es el nombre de la persona que tiene grabada en la mente esa maldita fórmula — respondió Lancell.

Zyssis sonrió.

— Esa persona es usted, ingeniero — declaró de modo sensacional.

* * *

— Debería haberlo adivinado — dijo Fowler en tono lleno de severidad.

Lancell tenía aún la boca abierta.

La afirmación de Zyssis, de la que, en su fuero interno, no dudaba en absoluto, explicaba aún más las cosas.

Explicaba, sobre todo, por qué había sido objeto de la persecución de unos y otros.

— Pero ¿cómo diablos pudo comunicarme Hannamor la fórmula, si yo no lo recuerdo en absoluto? — exclamó al cabo.

— Lo sometería primero a hipnosis —supuso Fowler—. Después de grabarle la fórmula en la mente, le dio orden de no recordarla sin que alguien pronunciase la palabra clave que levantaría la prohibición que ahora pesa sobre su subconsciente.

— Es probable que sucediera así — convino Lancell pensativamente.

— No hay otra explicación — dijo ella.

— Pero ahora Hannamor está prisionero de Smragh.

— Eso no importa —alegó Fowler.

— ¿Por qué?

— No le ofrecemos los diez millones por nada, ingeniero.

Lancell le dirigió una mirada oblicua.

— Explíquese mejor, Ricardito.

— No me gusta que me llamen así —rezongó Fowler.

— Claro, claro, como que no es su nombre… porque en Fryver usará otro, ¿verdad?

— Déjense los dos de estupideces — terció Zyssis, muy irritada—. Los diez millones son para que se deje hipnotizar y nos repita la fórmula.

Lancell respingó.

— ¿Qué? Ah, no, en absoluto —exclamó muy decidido.

— ¿Cómo? ¿Se niega? —dijo Fowler.

— En redondo.

Hubo un momento de silencio.

Luego, Zyssis dijo:

— Podemos aumentar la cifra…

— Ni aunque le añadiesen dos ceros —contestó Lancell tajantemente.

— Pero, hombre, le cubrimos de oro… Es una negativa absurda, ingeniero.

— Absurda, según sus puntos de vista. El «shonshlu» es una fórmula maravillosa, que beneficiará a cientos o a miles de millones de seres

humanos.

Por tanto, no puedo consentir que esa fórmula pase a poder de un solo grupo. Tiene que beneficiar a toda la humanidad, sea del planeta que sea.

— Bien, si no acepta el dinero, quizá tengamos que recurrir a otros métodos —amenazó Zyssis.

Lancell no se inmutó.

— Además — siguió —, es muy probable que Hannamor grabase en mi mente la orden de no repetir la fórmula ni siquiera bajo hipnosis, mientras no se pronuncie la palabra clave.

Fowler hizo un gesto de asentimiento.

— Es muy probable, en efecto —confirmó—. Pero eso es algo que vamos a averiguar en seguida.

Y sacó una pistola semejante a la que habla usado Smragh.

— ¿Qué proyectiles dispara esa arma? —preguntó Lancell con curiosidad.

— No son mortíferos, sólo hipnóticos —aseguró Zyssis —. Dentro de cinco minutos sabremos si puede repetir la fórmula aun sin haber pronunciado la palabra clave.

— Yo creo que se equivocan —sonó una voz masculina en aquel momento.

CAPÍTULO XIV

— Esto que tengo en la mano sí dispara proyectiles que matan —añadió el recién llegado—. Deje caer su pistola al suelo, Fowler.

El aludido obedeció. Vary Fazh dirigió al joven una alegre sonrisa.

— ¿Qué tal, Lancell? —saludó.

— Hola, Fazh —contestó Lancell—. Llega usted en un momento muy oportuno.

— Sí, eso he visto —contestó Fazh con indiferencia. Movió la pistola —. Vamos, lárguense.

Fowler y Zyssis contenían su furia a duras penas.

— Volveremos a vernos —prometió el primero.

— No se lo aconsejo —sonrió Fazh—. La próxima vez no me portaría tan consideradamente con ustedes.

— A pesar de todo… —Zyssis intentó protestar, pero Fowler la agarró de un brazo y tiró de ella.

— Vamos, aún no hemos sido derrotados. En.medio de todo, sabemos lo más importante —dijo.

La pareja salió del piso.

— ¿A qué se refería ese tipo? —preguntó Fazh.

— ¡Oh, hablaba por hablar! —respondió Lancell—. Gracias por su intervención, Vary.

— No me las dé —rió el otro, mientras se acercaba a un aparador en busca de bebida—. He hecho lo que me pareció conveniente. ¿No es así?

— Ciertamente —convino el joven—. Póngame otra copa a mí, Vary.

— Con mucho gusto.

Fazh llenó las dos copas y entregó una al joven.

—¿Qué pretendía esa pareja? —inquirió, después de un buen trago.

— Querían que les dijese el paradero de Hannamor — replicó Lancell.

— ¿Lo sabe usted?

— Qué más quisiera, Vary —rió el joven—. Pero usted, si no me equivoco, fue ayudante suyo una temporada.

— Es cierto. Sin embargo, no duré mucho en el cargo.

— ¿Por qué, Vary?

Fazh se encogió de hombros.

— No me gusta hacer de espía —contestó.

—Ah, vamos, espiaba a Hannamor por cuenta del gobierno.

— Más o menos.

— ¿Y es cierto que él descubrió la fórmula del «shonshlu»?

— Parece ser que sí. Sin embargo, yo no estuve a su lado durante el curso total de la investigación.

— Otra misión, sin duda.

— En efecto. Bueno, ¿qué me dice de Hannamor?

Lancell vació su copa.

— Se lo llevó un tal Smragh —declaró.

— ¡Smragh! —resopló Fazh.

— ¿Lo conoce usted?

— Un poco — admitió evasivamente el otro —. ¿Sabe adónde se lo llevó?

Lancell se encogió de hombros.

— Ni idea — contestó.

Fazh pareció concentrarse unos momentos.

— Verá —dijo al cabo—, yo sé que Smragh alquiló en cierta ocasión una casa para los fines de semana.

— ¿Venía de Stahlan para pasarlos en la Tierra? Bromeó Lancell.

— ¡Qué cosas tiene! —rió el otro—. Estaba aquí, espiando, como todos nosotros.

— ¡Pobres terrestres! —Lancell levantó los brazos al cielo—. Estamos invadidos y ni siquiera lo sabíamos.

— Bueno, en total, no llegaremos al centenar

— dijo Fazh—. Pero merece la pena que averigüe si Smargh continúa aún en esa casa.

— ¿Me lo dirá cuando lo sepa?

— Descuide.

Fazh se dirigió hacia la puerta. Por encima del hombro, dijo:

— Gracias por el whisky; estaba muy bueno.

— Ha sido un placer, Vary —contestó Lancell.

* * *

Bibi abrió la puerta, dio dos pasos dentro de la sala y se detuvo en el acto, vivamente sorprendida.

— ¡Perry! ¿Qué haces ahí, tumbado en el diván?

Lancell, efectivamente, estaba tendido en el diván, con la cabeza apoyada en un cojín, los ojos cerrados y las yemas de los dedos juntas.

— Pienso — contestó, sin moverse de su postura.

— ¿En mí, cariño?

— ¡Qué optimista eres, Bibi!

— Me defraudas, Perry. Ya que no haces nada más que pensar, al menos que sea en mí.

Lancell abandonó su lánguida posición y se sentó en el diván.

— He llevado una mañana muy agitada — declaró.

— ¿Sí? Cuéntame, cariño. —Bibi se sentó a su lado y agarró uno de sus brazos—. ¿Quiénes han venido por aquí?

— Casi todos. Fowler, Zyssis… y luego Vary Fazh.

— ¡Caramba, qué concurrido ha estado el piso!

— Y que lo digas. ¿Sabes qué me ofrecían Fowler y Zyssis?

— No. Dímelo tú, cariño.

— Diez millones, Bibi.

Ella hizo un gesto de admiración.

— Eso es mucho dinero, ¿no?

— Mis ganancias de veinte años, quizá veinticinco.

— ¿Y no has aceptado?

— No.

— ¿Por qué?

— Por la misma razón que me niego a colaborar sólo contigo, nena.

— Creo que te comprendo, Perry — dijo Bibi.

— Empiezas a comprenderme, que no es lo mismo. Pero tiempo sobrará para que nos entendamos a la perfección.

— Desde luego. Y, ¿qué te pedían esos dos?

— La fórmula Hannamor.

— ¡Oh! —se asombró ella—. ¡Pero tú no la conoces!

— En estado normal, no, por supuesto.

Hubo una larga pausa de silencio.

Luego, Bibi dijo:

— Creo que entiendo, Perry.

— Sí, es cierto. Hannamor me «trasplantó» su fórmula.

— Pero ¿cómo? Resulta casi increíble…

— No lo sé. Ahora bien, yo me imagino que debió de ser durante la temporada que pasé a su lado en el laboratorio, realizando experimentos con la «hannamorina», que otros llaman «xarffil».

— Es muy probable — convino Bibi —. Y, ¿no la recuerdas?

— No, a menos que se desconozca la palabra clave que liberará a las inhibiciones de mi subconsciente en ese sentido.

— ¡Una lástima! —suspiró ella—. ¡Sería tan interesante divulgar la fórmula!

— Vaya, parece que empiezas a pensar lo mismo que yo — sonrió Lancell.

— Creo que tu postura es la más justa — se sonrojó Bibi.

Lancell pasó un brazo en torno a sus hombros.

— Sí, sería maravilloso poder fabricar ese alimento universal — convino.

— Sobre todo, para nosotros.

— ¿Los dahlanenses?

— Y los otros. Nuestros planetas producen con dificultad los alimentos que necesitamos.

— ¿Por exceso de población humana?

Ella hizo un signo negativo.

— No, hay espacio de sobra para diez veces más gente de la que hay ahora. Pero son muy áridos y el agua escasea mucho.

— ¿Por qué, Bibi?

— No lo sé — suspiró la muchacha —. Hay vastísimas extensiones de terreno que son desiertos áridos e inhabitables. Y lo peor de todo es que las zonas fértiles se reducen de día en día.

— Habrá alguna solución para ese problema, ¿no? Una civilización que construye naves capaces de recorrer distancias astronómicas en pocos días, debe ser capaz también de resolver ese problema.

— El «shonshlu» lo resolverá, Perry —insistió Bibi.

Lancell la miró fijamente.

— ¿Estás persuadida de que ésa es la única solución? — preguntó.

— Al menos, no hemos sabido dar con otra.

— Entiendo.

Ella le miró suspicazmente.

— Perry, tú tienes algo en la cabeza y no me refiero solamente a la fórmula del «shonshlu» —dijo.

Lancell sonrió.

— Tengo muchas cosas en la cabeza, guapa — contestó—. A propósito, ¿dónde está tu ilustre padre?

— Regresó a Dahlan. Lo requerían para otro trabajo.

— O sea que ya no interviene en este caso.

— No. Yo sola continúo en el asunto.

— Está bien, entonces…

Lancell no pudo seguir hablando. El zumbador del videófono sonó de pronto.

— Perdona, cariño — se disculpó, mientras se acercaba al aparato.

Dio el contacto. La cara de un hombre apareció en la pantalla.

— ¿Señor Lancell?

— ¿Cómo está, señor Blake?—saludó el joven.

— Tengo ya los informes que usted me pidió — dijo Blake.

— Muy bien. —Lancell cogió papel y lápiz—. Adelante.

Blake pronunció unas cuantas palabras, que Lancell anotó cuidadosamente. Al terminar, Lancell sonrió.

— Muy agradecido, señor Blake. Haga el favor de pasar la minuta de sus honorarios a mi banco.

— Ha sido un placer, señor Lancell — se despidió Blake.

El joven cortó la comunicación y se volvió hacia Bibi.

— Ese hombre te ha dado una dirección —observó ella.

— Sí —admitió Lancell.

— ¿A quién corresponden esas señas?

— A Smragh.

Bibi se sorprendió.

— ¿Cómo? ¿Has localizado su escondite?

Lancell sonrió.

— Cariño, olvidas a menudo que en la Tierra no nos chupamos el dedo —dijo, a la vez que la agarraba por un brazo—. Blake es un notable investigador privado y en poco más de una mañana ha

conseguido averiguar el lugar donde el buen Smragh tiene escondido a Hannamor.

— Y vamos hacia allí —dijo Bibi.

— Sin perder un solo instante —confirmó Lancell.

* * *

Era una casa de campo, situada en la ladera de una colina y en medio de un encantador paisaje. Lancell y Bibi la contemplaron a prudente distancia, entre unos árboles.

— Indudablemente, Smragh hacía vida de terrestre adinerado —comentó él.

— Aquí no vivís mal del todo — dijo Bibi.

— ¡Psé! Se hace lo que se puede. Épocas peores ha habido. ¿Seguimos?

— Sí, pero con cuidado de que no nos vean.

— No te preocupes. Sígueme, Bibi.

Lancell echó a andar. El automóvil había quedado atrás.

Dieron un pequeño rodeo y se acercaron a la casa por la parte posterior. Parecía deshabitada.

— ¿Y si se ha ido a otra parte?

Lancell no tomó siquiera en consideración la sugerencia de la chica.

— Lo tiene ahí —afirmó rotundamente—. Blake me lo ha dicho; envió a investigar a uno de sus hombres.

— Ojalá sea cierto —suspiró Bibi—. Perry, ¿qué harás cuando lo encuentres?

— ¿Por qué no tienes un poco de paciencia? —sonrió él—. Ya falta cada vez menos para ver al bueno de Hannamor.

Llegaron a la puerta posterior. Lancell probó el picaporte.

— Está abierta —murmuró.

Entraron en la cocina y la atravesaron. Lancell abrió la otra puerta y oyó murmullo de voces.

— ¡Le digo que no! —exclamó Hannamor.

— ¡Me está mintiendo! —tronó Smragh—. ¡Ese cuento no hay quien se lo crea!

— ¡Estúpido! —le apostrofó el científico—. ¿Es que no ha visto las pruebas que hemos hecho con los cobayas de laboratorio?

— Era una fórmula preparada. Yo quiero la auténtica, la que tiene

Lancell grabada en su mente, así que dígame la palabra clave o empezaré a perder la paciencia — amenazó Smragh.

— ¿No la ha perdido aún del todo? —intervino Lancell, con la sonrisa en los labios.

CAPÍTULO XV

Smragh se revolvió velozmente, con una pistola en la mano.

—¡Cuidado! :—advirtió, ceñudo—. Esto no dispara gases narcóticos.

Lancell no se inmutó.

— Hola, Duke — saludó —. ¿ Qué tal te encuentras?

— Fastidiado — respondió Hannamor, sentado en un sillón, al cual estaba sujeto de una manera singular, atado por los sobacos, de modo que pudiera mover los brazos libremente. Sobre las rodillas, tenía un cuaderno y un lápiz.

— Creo que he traído algo para aliviar tu fastidio — sonrió el joven.

Metió la mano en el bolsillo y sacó una bolsita, que arrojó a las piernas de su amigo.

— ¡Hombre, cacahuetes! —exclamó Hannamor—. ¡El tiempo que hacía que no los probaba!

— ¡Cacahuetes! —bufó Smragh—. Estamos ha blando de otra clase de alimento.

— El «shonshlu» — dijo Lancell.

— Sí, y usted tiene la fórmula.

— Es inútil — dijo Hannamor con la boca llena.

— ¿Por qué? —preguntó el joven.

— La fórmula es un fracaso.

— ¡Oh, no! —gritó Bibi.

— Así es, señorita — confirmó el prisionero.

— ¡Está mintiendo! —chilló Smragh—. Lo que pasa es que no quiere ceder esa fórmula…

Hannamor hizo un gesto de cansancio.

— Perry, algo me falló en los experimentos — dijo—. El «shonshlu» se vuelve tóxico a los diez o doce días de su elaboración.

Lancell silbó.

— ¡Vaya un alimento! —se asustó.

— Debía de ser un alimento universal: para hombres, animales e, incluso, como abono para las plantas — declaró Hannamor —. Conocida la fórmula, su obtención resultaría baratísima, extrayendo los componentes nutritivos directamente del suelo y transformándolos en máquinas adecuadas. Pero no ha sido así; las pruebas con ratones en el laboratorio han resultado funestas.

— Eran pastillas de «shonshlu» preparadas para engañarme — insistió Smragh.

— No hay manera de convencerle — se resignó Hannamor—. Lancell, temo que habré de entregarle la fórmula. Cuando los stahlanenses empiecen a morir envenenados, me acusarán de criminal, por supuesto.

La convicción de Smargh flaqueó.

— Pero… ¿cómo es posible que se haya equivocado? — dijo.

— No lo sé. Falla algún elemento químico en la composición de la fórmula. Tendría que investigar de nuevo… y temo que ello me costaría otros siete u ocho años —dijo Hannamor.

— Quizá demasiado tiempo para nosotros — opinó Bibi, aprensiva.

Sobre una mesa, Lancell divisó unas pastillas, semejantes a tabletas de chocolate, de color verdeazulado bastante oscuro.

— ¿ Eso es el alimento universal? —dijo.

— Son unas muestras que preparé hace unos quince días — contestó Hannamor.

— ¿Cómo? Desconocías la fórmula… —se desconcertó Lancell.

Hannamor sonrió.

— Cuando las cosas se pusieron mal, simulé el secuestro, destruyendo de paso mi laboratorio. Pero tenía otro en un punto que nadie conocía y allí estaban las máquinas piloto que ya preparaban automáticamente las muestras de «shonshlu» —explicó—. Ahí tienes los resultados.

Un poco más allá, Lancell divisó unas jaulas con varios cobayas muertos en su interior.

— De modo que el «Shonshlu» es un fracaso — dijo.

— Hoy por hoy, así es — confirmó Hannamor —. En algún

momento, se produce una descomposición, tal vez por oxidación de alguno de los componentes químicos, y el «shonshlu» se vuelve altamente tóxico. Me gustaría meter esta idea en la cabeza de Smragh, pero no lo consigo — se lamentó.

De pronto, Smragh guardó la pistola y, acercándose al sillón, liberó al prisionero.

— Debe de decir la verdad —admitió malhumoradamente.

— De todas formas, no tienen por qué lamentarse — sonrió Lancell —. Ustedes me recuerdan a un célebre arquitecto, amigo mío. Construía edificios de líneas audaces y elegantísimas, verdaderas maravillas artísticas, pero era incapaz de clavar un clavo en una pared.

— ¿Qué quiere decir? —preguntó Smragh.

— Sencillamente, que yo tengo la solución para sus problemas — declaró el joven sin perder la sonrisa.

— Y me la dirá a mí, ¿verdad? —habló Vary Fazh desde la puerta.

* * *

Lancell no se inmutó. Bibi lanzó una exclamación.

Smragh hizo un gesto, pero el otro le apuntó con su pistola.

— ¡Cuidado! —dijo—. Le mataré si se mueve.

— Permanezca quieto —aconsejó Lancell—. Fazh tiene el dedo muy nervioso. Lo comprobé en Dahlan.

— Taya era una traidora — rezongó Fazh.

— Tanto como usted, Vary —acusó Lancell.

— ¿Qué dices, ¡Perry? —se asombró Bibi.

— Lo que oyes, nena. En todo este asunto, el único que es un traidor redomado es Fazh. Los demás… bueno, más o menos hacían por sus planetas lo que podían. Pero Fazh obraba única y exclusivamente movido por intereses particulares.

Fazh dejó de sonreír y puso cara hosca.

— ¿Qué intereses, por favor? —preguntó.

— Los suyos, naturalmente. La fórmula sólo para usted. No la consiguió cuando fingía ser ayudante de mi amigo Hannamor, acaso porque Duke recelaba de usted… o quizá recelaba de todo el mundo, y trató de conseguirla por otros medios.

Fazh entornó los ojos.

— Me parece que sabe demasiado, Lancell —dijo.

— Sí, sobre todo, si uno recuerda los interrogatorios que sufrí a cargo del supuesto juez Thorgus y de sus cómplices.

— Todo resultó una magnífica ficción, incluso la muerte de Hannamor. Usted creyó hallarse en Stahlan…

— Y me encontraba en Dahlan.

— Eso ya es sabido y no tiene mayor importancia.

— La muerte de Taya sí la tiene.

— Era una competidora — contestó Fazh.

— Y Bibi y Smragh y Fowler y Zyssis. Pero sólo la mató a ella. ¿Por qué? ¿Quiere aclararlo. Fazh?

El sujeto guardó silencio. Bibi y los demás le contemplaban expectantemente.

— Hubo un momento íntimo en el que Taya y yo nos hicimos confidencias —añadió Lancell—. Ella fue la que me dijo que todo había sido un engaño. Usted creyó que aún no me lo había dicho, pero temió que lo hiciera y por eso la mató. Formaba parte de su banda… pero yo logré convencer a Taya de que el «shonshlu» no podía pertenecer a un grupo privado para especular con él y lograr incalculables beneficios. El «shonshlu» debía pertenecer a todos y Taya lo comprendió así.

— Pero ¿cómo has tardado tanto tiempo en decirlo? — se extrañó Bibi.

— Era preciso que todos lo comprendierais también.

— Ah, ya entiendo.

— ¿Cómo adivinó que el juicio era una farsa? — preguntó Fazh.

Lancell sonrió.

— Si Thorgus le conocía a usted, ¿por qué se confundió conmigo? Me parece que nuestra semejanza no es tanta como para confundirnos. Luego me dejó libre, a fin de que Taya me sonsacase el supuesto secreto de la fórmula, pero yo no caí en la trampa, aunque lo simulara.

Los ojos de Fazh centellearon de furia.

— Es lo mismo —dijo—. Ahora le tengo a usted…

— Allí estoy viendo unas muestras de «shonshlu». ¿Por qué no se las lleva y nos deja en paz?

Fazh se acercó a la mesa donde estaban las tabletas de alimento y tomó una. Después de unos instantes de vacilación, se la llevó a la boca y mordió con fuerza.

— Pues no sabe tan mal —dijo, al cabo de unos momentos.

El silencio era absoluto. Fazh sonrió.

— Me miran como a un bicho raro —dijo—. Bueno, les perdonaré la vida… menos a Lancell. No quiero que un día pueda repetir la fórmula a nadie.

Y le apuntó con la pistola.

Fowler y Zyssis entraron en aquel momento.

— ¡Quietos! —gritó Fazh.

Los recién llegados se detuvieron instantáneamente. Bibi se mordía las uñas, a punto de explotar en un alarido.

— Bien, Lancell, siento que la fórmula desaparezca con usted, pero…

La pistola se le escapó de repente de las manos.

Un gemido brotó de sus labios, a la vez que caía de rodillas.

— ¿Qué me pasa? ¡Me siento mal! —gimió.

Impasible, Lancell se acercó a él e, inclinándose, recogió la pistola.

— Taya era una buena chica —dijo fríamente.

Fazh le miró unos segundos, con llamaradas de odio impotente en sus pupilas. De pronto, cerró los ojos y se vino de bruces al suelo.

Lancell emitió un hondo suspiro. Bibi se le abrazó llorando.

— Duke, los efectos de tu maldito «shonshlu» son casi instantáneos. Pero he pasado mucho miedo, créeme.

Hannamor meneó la cabeza.

— No pronunciaré la palabra clave —dijo.

— Ni quiero escucharla — gruñó Lancell —. Ah, esto va para todos —exclamó de pronto.

Cinco pares de ojos se clavaron en su rostro.

— Les aguardo mañana, en mi casa, a las cuatro en punto de la tarde —anunció—. Entonces tendré el gusto de indicarles cuál es la solución para el problema del hambre en sus planetas.

* * *

Hannamor, Smragh, Fowler y Zyssis contemplaron asombrados la maqueta de una torre metálica que había en el centro de la mesa. Junto a la torre, se veían tres o cuatro pequeños saquetes de tela.

Lancell señaló la torre con el índice.

— Primera solución —dijo—. Una torre perforadora para líquidos, agua especialmente. Capaz de alcanzar, según las modernas técnicas, hasta diez y doce mil metros de profundidad.

— Pero en Fryvar hay muy poca agua —alegó Fowler.

— Y en Stahlan ocurre lo mismo —dijo Smragh.

— Y no hablemos de Dahlan —suspiró Bibi, que estaba junto a Lancell.

El joven no se inmutó.

— Esos planetas tienen atmósfera normal —dijo—. Y en donde hay una atmósfera normal, hay también agua. Si no está en la superficie, está bajo la superficie; el caso es que existe. Sólo falta tener paciencia y perforar uno, diez, cien, mil… miles de pozos. Saquen a la superficie las aguas subterráneas… y luego añadan la segunda solución.

Al mismo tiempo que hablaba, desataba uno de los saquetes. Lo volcó sobre la mesa para esparcir su dorado contenido.

— Trigo — dijo sencillamente.

Hubo un momento de pasmo entre los circunstantes. Lancell sonreía.

— No sean como el arquitecto incapaz de clavar un clavo — añadió.

Los dedos de Bibi acariciaron el trigo.

— Sí, es una magnífica solución —murmuró—. En pocos años, Dahlan puede sufrir una transformación total.

— Así lo espero —dijo Lancell—. Ah, y no les cobraré nada a ustedes por mi fórmula… salvo a Smragh, por la destrucción del puente.

— No fui yo —dijo el aludido hoscamente—. Tuvo que hacerlo Fazh.

— ¿Por qué? ¿Qué mal le había hecho el puente?

— Estaba resentido conmigo — declaró Hannamor de modo sorprendente.

— Vaya, te lo tenías muy callado, Duke —dijo Lancell sorprendido.

— Me di cuenta de que sus intenciones no eran muy honestas y empecé a reservarme en el laboratorio. Fazh destruyó el puente como una especie de pataleo infantil; a fin de cuentas, en el puente entraba el «xarffil» como aglutinante del cemento.

— ¿Xarffil» o «hannamorina»? —consultó Lancell.

—Yo soy Xarifus. Hannamor es mi nombre terrestre.

Lancell miró de reojo a Smragh. El stahlanense se puso colorado.

— Conque pedir daños y perjuicios, ¿eh? — dijo Lance!! Irónicamente.

— Sólo quería, entonces, causarle problemas, para ver si conseguía

de algún modo ponerle a mi lado — admitió Smragh.

— Bueno, hombre, lo olvidaremos. Ya ve, yo ni siquiera le guardo rencor y le cedo gratuitamente la fórmula del «shonshlu» terrestre.

Con el brazo derecho, rodeó los hombros de Bibi y la atrajo hacia sí.

— Pero hay algo que no cedería por nada del mundo — añadió.

— Yo no soy una fórmula — contestó ella, picada.

— ¿Cómo que no? Eres la fórmula de mi felicidad, Bibi.

— Ah, siendo así…

— Así será — afirmó Lancell rotundamente.

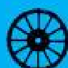
FIN

BOLSILIBROS TORAY

OESTE


TORNADO
Publicación quincenal. 10 Ptas.


HAZAÑAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 10 Ptas.

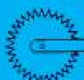

RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 10 Ptas.



SIOUX
Publicación quincenal. 10 Ptas.

6
TIROS

SEIS TIROS
Publicación quincenal. 10 Ptas


ESPUELA
Publicación quincenal. 10 Ptas

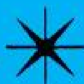
GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS **Publicacion quincenal.** 10 Ptas.



ANTICIPACIÓN


CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 10 Ptas


ESPACIO
Publicación quincenal. 10 Ptas.

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS EN AMERICA

EDITORIAL AMERICA, S. A.

2180 S. W. 12 Avenue - MIAMI, FLA. 33145 U.S.A.